

Domingos Año - C

1 de Adviento

Carpe diem

“Vigilad para que vuestros corazones no estén ofuscados por la crápula, la embriaguez y los afanes de esta vida, y no sobrevenga aquel día de improviso sobre vosotros, pues caerá como un lazo sobre todos aquellos que habitan en la faz de toda la tierra.” (Lc 21, 34-35)

Todos somos como semillas de calabaza arrojadas sobre la tierra, que hemos de desarrollarnos según un proyecto querido por Dios. Si se desarrolla, brota una planta enorme, que cubre todo el huerto con sus hojas, y entre ellas aparecen las calabazas, redondas, relucientes, y por dentro son anaranjadas, como el sol del atardecer. Pero la semilla uno se la puede comer, en vez de sembrarla. Podemos ser educados o muy desagradables, podemos ser trabajadores o perezosos, podemos ser santos o diablos intratables. Podemos ser todas esas cosas, y somos lo que queremos ser.

Son muchas las cosas de este mundo que reclaman nuestra atención. Cualquier día se nos puede presentar la tentación de aprovechar la vida para un uso personal egoísta –*carpe diem*– sin pensar que mañana es otro día, y después habrá otro, y que hemos nacido para la eternidad. Es grande la capacidad de olvido en los hombres, cansarse en la espera vigilante y dedicarse a lo que satisface aquí y ahora, dejándose llevar por lo que apetece, por lo fácil.

Jesús nos lo advierte: estad en vela, no os dejéis llevar por los espejuelos de la soberbia, de un afecto desordenado, de “aprovechar” neciamente los segundos. Detrás de los desórdenes no hay sino pena, aflicción y tristeza. Pero eso no es lo más triste, sino haber llenado el tiempo de su vida de vacío. La muerte llega a menudo de improviso. La persona que ha desarrollado sus capacidades libremente y ha dado fruto –como la calabaza– es una maravilla, pero ¿qué sucede con quien se ha comido la semilla; mejor dicho, quien ha sido devorado por los caprichos propios y ajenos?

Repetiré las palabras tantas veces dichas por los primeros cristianos, aquellas con las que acaba la Biblia: «maran atá, ven Señor Jesús». Sé que estás cerca, no sólo cuando deje este mundo, sino ahora. Sé que me ves y me esperas hoy.

2 de Adviento

Convertirnos

“Una voz grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, allanad sus sendas; elévense los valles, desciendan los montes y colinas; que lo torcido se enderece, lo escabroso se iguale.” (Lc 3, 5-6)

Dios desea derramar su misericordia, pero necesita un corazón allanado. Lo que más nos cuesta, sobre todo, es agachar la cabeza. Nos gusta ir por libre, hacer lo que nos parece o nos apetece. Queremos ser felices a nuestra manera, y para ello nos hacemos nuestras teorías. Tendemos a pensar que la verdad y la felicidad dependen de nosotros.

Resulta que Dios nos dice que Él tiene sus caminos, y en ocasiones no coinciden con los nuestros. Hoy nos dice el Bautista: corregid vuestros caminos según el diseño de Dios, allanad los montes según la medida suya. La salvación depende enteramente de Dios, pero depende también totalmente de nosotros; depende de nuestra humildad.

Quizá en ningún siglo la humanidad haya sufrido tanto como en el último, en el ámbito internacional y en el familiar. Ha sido el resultado lógico de una filosofía centrada en el hombre; no en el hombre como criatura de Dios, sino como un dios soberbio.

Sólo Dios puede salvar al hombre; y el hombre sólo verá la salvación de Dios si aprende a ser humilde. No hay otro camino. Por eso, después de una guerra nacional o de una guerra en la familia (incluso con muertos –el aborto–), se sufre. El sufrimiento en muchos casos es consecuencia de los senderos dislocados, que necesitan ser enderezados. El sufrimiento ayuda a ser humildes y a recapacitar: que no conviene ir por esos caminos.

Hemos de convencernos de que a veces nos equivocamos –ésa es la realidad–, y que nuestros caminos no van a ninguna parte. Necesitamos una conversión de la mente y del corazón –girar todo el ser para mirar a Dios– para que Él nos pueda orientar y mostrar su misericordia.

Háblanos, Señor. Muéstranos tus caminos. Nosotros los seguiremos libremente, porque nadie mejor que Tú sabes lo que nos conviene, lo que nos hace felices. Ayúdanos a aprender esta asignatura fundamental y difícil de la humildad.

3 de Adviento

Dirección espiritual

“Y la gente le preguntaba (a Juan): «Entonces, ¿qué debemos hacer?»... Acudieron también unos publicanos para bautizarse, y le dijeron: «Maestro, ¿qué debemos hacer?»... Le preguntaron unos soldados: «Y nosotros, ¿qué haremos?»” (Lc 3, 10-14)

La gente acudía a Juan en busca de consejo, al descubrir en él alguien que les podía orientar en la verdad de parte de Dios. Cada uno tenemos la conciencia para juzgar sobre las cuestiones que hemos de resolver y que tienen una dimensión moral. Si está bien formada, habitualmente bastará con ponerse en la presencia de Dios y resolver. Pero en ocasiones se nos plantean dudas, y para salir de dudas y acertar en las decisiones, es de sabios pedir consejo.

En la Iglesia contamos con un medio maravilloso que es la Dirección espiritual: personas que pueden dar consejos de parte de Dios, tanto porque han estudiado, por su experiencia de almas, y sobre todo porque procuran estar cerca de Dios, y son instrumentos de Dios que distribuyen su gracia.

En los asuntos de conciencia no basta con acudir a un médico o a un amigo. Si queremos conocer la voluntad de Dios en un asunto es necesario ir a un sacerdote santo y docto. No sólo para hablar, sino también para escuchar. Lógicamente las decisiones que tomemos serán nuestras, y actuaremos responsablemente, pero tener en cuenta sus orientaciones nos pueden dar mucha luz y paz y nos sirvan para avanzar en la vida interior.

En la sociedad en que vivimos, en que no se dan consejos gratis, es curioso que la dirección espiritual se imparta sin costar dinero. ¿Por qué no acudir, entonces, a quien nos puede orientar sin ningún interés personal? ¿Por qué acudir a gurús orientales, lectores de cartas o psicólogos, que en realidad no pueden ayudar? Como la gente que se acercaba a Juan, así también nosotros nos preguntamos ¿Qué he de hacer? Quizá como primera medida acudir a un director espiritual, él nos lo dirá.

Hoy te pedimos, Señor, que envíes muchos y santos sacerdotes a tu Iglesia, pastores que con su vida entregada a Ti totalmente y dedicados a los demás sean faros que iluminen las conciencias.

4 de Adviento

Bienaventurada seas

“Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí que venga la madre de mi Señor a visitarme y bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor»” (Lc 1, 40-42)

El piropo que Gabriel le dijo –llena de Gracia– no será la última vez que alguien alabe a María. Al cabo de unos días su prima Isabel le va a llamar *la madre de mi Señor*. Años después escuchará lo que una mujer gritó a Jesús: bendita sea la madre que te trajo al mundo. Y una vez que ella se fue al cielo, comenzó a realizarse en toda la Iglesia –como una ola formada por multitudes en el gran estadio del mundo– aquella premonición de que la llamarían *bienaventurada* todas las generaciones. Y a esa “ola” queremos sumarnos nosotros también.

San Bernardo afirmó que de María nunca se hablará lo suficiente, pues debido a su categoría sobrenatural y humana podrían estar todos los poetas y cantores siempre ensalzando sus grandezas. De hecho, de ninguna mujer se han hecho tantas fotografías e imágenes. No hay pueblo o ciudad de la cristiandad que no tenga como patrona, y la que alaba e invoca como Madre. Toda una constelación de ermitas y santuarios marianos, como estrellas en la noche, iluminan el orbe, tantas veces a oscuras. Allí acuden los cristianos a honrarla y a pedir su protección.

María era y sigue siendo mujer, y le gusta que le alaben; no por ella, sino porque es un modo de alabar a Dios, pues ha sido Él quien ha hecho maravillas en ella (bien lo sabía María como expresó en el Magníficat). Llamar bienaventurada a la Virgen es un modo de alabar a la Santísima Trinidad, y al fruto bendito del vientre de ella. Queda poco para la Navidad. Mirar a María en estos días es la dirección acertada para mirar a Jesús, que está dentro de ella. Por ella llegamos siempre a Jesús.

Procuraré estos días rezar más despacio las Avemarías para que cada una sea de verdad una alabanza a la que es bendita entre todas las mujeres. Madre, óyeme; Madre, escúchame.

La Sagrada Familia

¿Por qué sufrir?

“A los tres días lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores... Al verlo se maravillaron y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira cómo tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando»” (Lc 2, 46-48)

Ante el dolor inesperado y sin aparente sentido puede surgir la pregunta: ¿por qué Dios lo permite? Es la pregunta de María a su Hijo: ¿por qué nos has hecho esto, si estábamos angustiados? Parece lógico que quien hace el mal o ame el peligro corra con las consecuencias dolorosas, pero ante el sufrimiento de los inocentes la razón queda como paralizada: ¿Por qué Dios, pudiendo evitarlo no lo evita? Para empezar a entender hay que mirar a Jesús en la Pasión, porque si su Padre, que tanto le amaba, le llevó por el camino del dolor, sería porque ahí se encerraba un gran bien que a primera vista no se ve, y que tocará a cada uno descubrir.

La respuesta está en las primeras palabras de Jesús que nos trae el Evangelio: la obediencia, hacer la voluntad del Padre. Es la respuesta a la llamada de Dios que nos hace para reparar el desorden que el pecado ha dejado en el mundo y en uno mismo. Hay una estrecha y profunda solidaridad entre los hombres, tanto en el pecado como en la reparación. Dios llama a los hombres a unirse al sacrificio de Jesús y la suya ha de ser una respuesta de fe, porque hay que creer a Dios, creer que Él sabe más y cuenta con nosotros para sacar muchos bienes.

No busquemos razones humanas, porque las razones del dolor son razones de amor. El amor entiende y tiene sus razones. Y el que sufre por amor, ama más. El sufrimiento es un lugar privilegiado para entender la confianza que Dios deposita en los hombres, como colaboradores suyos en el bien, a los que asocia a la Redención. María ya no pregunta a Jesús, camino del Calvario: Hijo, ¿por qué me has hecho esto? Ella sabe, ya lo ha entendido por su obediencia en la fe.

Señor, ya desde ahora acepto todo lo que el Padre quiera enviarme, con sus penas y dolores. Cuenta conmigo, Señor. Y cuando llegue el dolor pensaré: ¿qué nos irás a dar cuando me pides tanto?

2 después de Navidad

Respeto en el amor

“En el principio existía el Verbo,... y el Verbo era Dios... En el Verbo había vida, y la vida era la luz de los hombres... El Verbo era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo... Y el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros” (Jn 1, 1-10)

El verbo o idea es la palabra mental. Lo que los filósofos griegos llamaron *Logos*, pensamiento divino, el evangelista Juan lo llama Verbo. Los santos padres desarrollaron este concepto: la imagen intelectual o idea perfecta que el Padre tiene de Sí mismo es otra Persona divina. Y así como la idea se exterioriza en la palabra oral o escrita, la Segunda Persona de la Trinidad se manifestó a los hombres en la naturaleza humana, cuerpo y alma humanos. El Verbo se hizo palabra, se hizo carne, hombre. Es Jesucristo.

No debemos perderlo nunca de vista cuando nos relacionemos con Él en la oración, y sobre todo en la Eucaristía. Jesucristo, Dios, es muy cercano a nosotros, pero tenemos el peligro de perderle el respeto. Si en toda relación de amor humana, el amor presupone el respeto a la otra persona y su dignidad, y respetar el tipo de relación que existe entre ellas (y por eso son distintas las manifestaciones de cariño entre los amigos, los hermanos o los esposos); con Dios también hay unas reglas de juego, para que sea verdadero el amor. Así veían a Jesús en Palestina sus coetáneos: un hombre amable y cercano, pero la vez le tenían gran respeto, porque un halo de misterio le envolvía. No era un mero hombre.

La oración cristiana se teje con cuatro hilos: adorar, dar gracias, pedir perdón y pedir cosas, que, lógicamente, están presentes en el modo de orar más perfecto, en la Santa Misa. Cuando no se tiene presente la adoración, sabiendo que nos dirigimos a Dios, se acabará perdiendo el sentido de lo sagrado, del misterio. Y finalmente no irá a Misa: por acercarse tanto al altar sin fervor, por tomar la Eucaristía en la mano sin reverencia, por pensar que Jesús es uno más, se acaba pensando que la Misa no es más que una cena entre hombres.

Jesús, luz que ilumina a cada hombre que viene a la tierra, que eres Dios entre nosotros, ayúdame a verte así. Que no me acostumbre a tratarte, que siempre te vea como quien eres realmente.

El Bautismo del Señor

Hijos en el Hijo

“Cuando se bautizaba todo el pueblo, y Jesús, habiendo sido bautizado, estaba en oración, sucedió que se abrió el cielo, y bajó el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como una paloma, y se oyó una voz que venía del cielo: «Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti me he complacido»” (Lc 3, 18-22)

Hablando con propiedad Dios Padre sólo tiene un Hijo, Jesús, y nosotros somos hijos de Dios en la medida en que estamos unidos a Él por la gracia del Espíritu Santo. Si el Padre nos ama, es porque nos ama en Cristo; si nos da su gracia, es por Cristo; si escucha nuestras oraciones es por Cristo nuestro Señor. Si somos amados por Dios, lo somos *en el Amado, por quien tenemos la redención, gracias a su sangre, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia* (Ef 1,6-7). Somos hechos hijos adoptivo de Dios en el Hijo.

Esto tiene como consecuencia que el salmo segundo, que es salmo mesiánico, se refiere sólo a Cristo y no se puede aplicar propiamente a los cristianos; igualmente, lo que el Padre dice de su Hijo no se puede aplicar del mismo modo a los hijos adoptivos, como son aquellas palabras que dijo con voz clara en el bautismo de Jesús: *Tú eres mi hijo, el amado*. Sin embargo, podemos considerar esas palabras dirigidas a nosotros en la medida en que estamos unidos a Cristo. No podemos rezar con propiedad «Padre mío que estás en el cielo», sino «Padre nuestro», es decir, sólo podemos llamar Padre a Dios unidos al Hijo, pues somos hijos en el Hijo.

Jesucristo es el mediador para entrar en relación con la Santísima Trinidad. Por eso canta la Iglesia: «Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos». En consecuencia, nuestra vida ha de desarrollarse viviendo con Él, dejando que viva en nosotros. En Cristo *–primogénito entre muchos hermanos* (Rm 8,29)–, el Padre nos dice a todos y a cada uno de los bautizados: *Este es mi hijo amado* (Mt 3,17). Dios nos quiere mucho; mucho más de lo que imaginamos, nos comprende y nos mira con un cariño que sólo empezaremos a comprender en el Cielo.

Gracias Padre nuestro, que estás en el Cielo, porque sé que eres mi Padre y yo tu hijo.

2 tiempo ordinario

Lo que Tú digas

“Y, como faltase el vino, la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino». Jesús le respondió: «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora». Dijo su madre a los sirvientes: «Haced lo que él os diga»” (Jn 2, 3-4)

¿Qué les va a Jesús y a María los problemas de los hombres? Les va todo. Por eso vino Jesús al mundo, por eso fue escogida María como Madre de Jesús. Por eso María se dio cuenta de la falta del vino, y por eso Jesús hizo el milagro. Jesús ya se había dado cuenta del problema pero no actúa y se hace rogar para que aprendiéramos muchas cosas. Para que aprendiéramos, por ejemplo, que es necesario pedirle a Dios y hacerlo a través de su Madre; que es necesario estar en las cosas de los demás, y colaborar y obedecer: sin los sirvientes que llenaron las tinajas no se hubiera obrado el milagro.

Dios quiere que vivamos pendientes de los demás, que no estemos tanto en nuestras cosas que no nos percatemos de lo que les sucede a los que viven con nosotros, en nuestra casa. El negocio más importante de un padre es su mujer y sus hijos, no su trabajo y sus aficiones. La tarea más importante de una madre o de los hijos mayores es también ésta: los demás.

A veces tenemos problemas y se deben precisamente a egoístas problemas personales, y a no meternos en la piel de quien lo está pasando mal. No basta con decir que se ama, hay que demostrarlo dedicando tiempo, escuchando, haciendo propios los problemas o las enfermedades.

Dios podría solucionar todo lo que nos preocupa, pero no quiere hacerlo, y observa. ¿Qué hacer? ¿No habrá que acudir a María, obedecer a Dios y tener ojos para los demás?

Haced lo que Él –Jesús– nos diga. ¿Y qué nos dijo Él, qué nos mandó? Sólo un mandamiento, que nos amáramos. Entonces se obrará el milagro. El milagro de transformar el corazón egoísta en corazón generoso; empezará a cambiar el mundo porque ha cambiado uno mismo. Si hiciéramos lo que Él nos dice...

3 tiempo ordinario

En el seno de la Iglesia

“Distinguido Teófilo: Ya que muchos han intentado poner en orden la narración de las cosas que se han cumplido entre nosotros, conforme nos las transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, me pareció también a mí, después de haberme informado con exactitud de todo desde los comienzos” (Lc 1, 1-4)

La Tradición de la Iglesia es fuente de revelación. La Escritura sola no basta para saber lo que Dios nos ha querido decir. Dios podía habernos dejado la Escritura y darnos a cada uno una especial asistencia del Espíritu para entenderla en su sentido correcto y preciso, pero no lo ha establecido así, sino que ha querido dar su especial asistencia a algunas personas (sus Apóstoles y sus sucesores en el episcopado, bajo la guía de Pedro, que en cada momento es el Papa).

La Escritura se escribió en el seno de la Iglesia, y ahí es donde se entiende. Hoy la entendemos en la comunión de la única Iglesia de Jesucristo, la que nacida de Jesús estableció en sus apóstoles y discípulos. Nosotros creemos lo mismo que creían aquellos primeros cristianos, aunque con un desarrollo teológico más explicitado. No creemos otras cosas.

Quienes se han separado de la comunión de la Iglesia a lo largo de los siglos, han acabado creyendo otras cosas (suprimiendo el amor a la Virgen, la fe en algunos sacramentos, la no obediencia al sucesor de Pedro, etc.) o interpretan a su manera la Escritura. Jesucristo dio un sentido a sus palabras y el Espíritu Santo en Pentecostés hizo recordar todas aquellas enseñanzas de Jesús y durante la historia ha ayudado a los Pastores de la Iglesia a mantenerse fieles a las enseñanzas de su Fundador.

Importa mucho, como hizo san Lucas al escribir a su amigo Teófilo, que nos informemos bien de la vida y las enseñanzas de Jesús contenidas en el Nuevo Testamento, que se han conservado intactas precisamente en la Tradición de la Iglesia, para creer y vivir según lo que Él enseñó.

Dame a entender, Señor, que profundizar en la fe no es tiempo perdido, sino una necesidad para fundamentar mi vida y no quedar sorprendido por los falsos profetas.

4 tiempo ordinario

Disposiciones interiores

“Y añadió: En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria. Muchos leprosos había también en Israel en tiempo del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue curado, sino Naamán el Sirio. Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira, y se levantaron, le echaron fuera de la ciudad” (Lc 4, 21-30)

Los contemporáneos de Jesús se percataban de que les hablaba al corazón de parte de Dios. Sus enseñanzas afectaban al hombre por entero. Había que creer en Jesús, y para facilitarlo, Él hacía los milagros. Pero en esta ocasión no hizo ninguno porque encontró una mala disposición en los corazones: no estaban dispuestos a creerle, ni aunque vieran milagros. Al hacérselo notar, ellos le echaron fuera de su ciudad. Jesús era y seguirá siendo inevitablemente signo de contradicción: o se está con Él o contra Él.

He aquí la profundidad del corazón humano, que se cierra a la luz de la verdad, que conscientemente expulsa de su vida a Dios. El ateísmo y el agnosticismo, tanto teórico como práctico (el cristiano que no practica es agnóstico), supone una decisión consciente de rechazar la inclinación religiosa que anida en todos. Es cierto que cada uno está influido por circunstancias culturales, psicológicas e incluso fisiológicas; pero también es verdad que el Espíritu Santo habla con gemidos inenarrables dentro del corazón humano. Todos tenemos la obligación de buscar la verdad en lo que se refiere a la verdadera religión y, una vez conocida, seguirla.

Antes de convertirse al catolicismo, el cardenal Newman era una gran autoridad de la iglesia anglicana y por su posición percibía una suma considerable de libras. Alguien le preguntó por qué se había convertido, renunciando a esa posición económica, a lo que contestó: «Nunca he pecado contra la luz».

Quiero ser sincero, Señor, delante de Ti. Estoy dispuesto a reconocer la verdad aunque eso suponga tener que cortar o cambiar. No quiero echarte de mi ciudad, al contrario, quiero que seas el centro de mi mundo interior.

5 tiempo ordinario

Retiro espiritual

“Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra... Dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad las redes para pescar». Simón contestó: «Maestro, hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero por tu palabra, echaré las redes»” (Lc 5, 3-5)

También a nosotros el Señor nos pide que nos apartemos un poco de las cosas de la tierra para estar con Él, que hagamos el esfuerzo de remar dentro de nosotros mismos y, echando la red sobre el tapete veamos las acciones de nuestra vida, qué hemos de quitar y qué hemos de mejorar. Conocernos más y sobre todo adentrarnos en el conocimiento más profundo de Dios.

No podemos conformarnos con navegar por los días a nuestro ritmo, en la superficie. Necesitamos profundizar en los grandes temas de nuestra vida: nuestra existencia, la vida de la gracia, el pecado, el amor que Dios nos tiene, la Eucaristía, las virtudes teologales, nuestras disposiciones, nuestras obras... Pero para eso es necesario bogar hacia mar adentro, en alta mar, lejos de nuestro terreno –de nuestro lugar habitual–, sin las amarras de nuestra apreciación o de nuestros gustos, para ver lo que Dios quiere. Es necesario, por tanto, hacer cada año unos días de retiro espiritual. Allí podremos ver, con la luz del Espíritu Santo y en la conversación sincera con el Director espiritual, qué espera Dios de nosotros. No nos quedaremos entonces en lo negativo, ni en lo que sólo tiene una importancia relativa, porque podremos observar los sucesos con perspectiva, sin apasionamiento, sin miedos, con sentido de eternidad.

¿Por qué esa falta de fruto en nuestra vida o esa visión negativa, pesimista, falta de fe? Es preciso profundizar, descubrir las raíces y los motivos de nuestras acciones, hacer examen, descubrir lo que nos pasa y por qué. Y actuar por su Palabra, según Él nos indica, dispuestos a obedecer, a dejarnos dirigir por Él. Sólo así el fruto será fecundo y alegre.

Tú, Señor, me buscas para decirme hacia dónde tengo que dirigir mi barca y qué ritmo he de llevar. Me esperas en ciertos momentos para hablarme con mayor hondura. Procuraré ir a la soledad, donde hablas al alma, y yo te puedo escuchar mejor.

6 tiempo ordinario

El secreto de la felicidad

“Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios. Bienaventurados los que ahora padecéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis... Alegraos en aquel día y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en el Cielo” (Lc 6, 20-23)

La felicidad no consiste en tener satisfechas las necesidades materiales, en alcanzar los deseos y proyectos personales, ni en la autoestima o la buena estima de los demás. El hombre, a diferencia de los animales, es un ser no acabado, sino en vías de perfección: debe alcanzar su meta. Y esta meta no consiste en «tener» (tener cosas, tener resuelto el futuro...), sino en «ser» perfecto. Es en esa dimensión ética, en el deber ser, es donde hemos de plantear la cuestión de la felicidad, como acertadamente señaló Aristóteles (*Ética a Nicómaco*).

El hombre puede ser generoso o egoísta, puede ser valiente o cobarde, puede ser bueno o malo. Puede llegar a ser muchas cosas. Tiene la inteligencia para conocer los verdaderos bienes que le pueden perfeccionar y hacer feliz, y con la libertad ir escogiéndolos y evitando lo que le degrada. Cada uno es moralmente el resultado de sus elecciones. He aquí la grandeza del hombre o su envilecimiento. La elección de la felicidad es algo absoluto: en cada decisión se busca como fin. Y sólo quien acierta en el verdadero fin del hombre (es decir, Dios) la encuentra.

La Biblia, aparte de otras consideraciones, es un gran tratado de cómo ser feliz. Orienta la vida hacia Dios, y en primer lugar indica el camino elemental, los Mandamientos: *El Señor nos mandó practicar todas estas leyes y temer al Señor Dios nuestro, para que seamos felices todos los días de nuestra vida* (Dt 6,24). Los mandamientos son caminos de amor, de libertad y de felicidad. Después Jesús expuso las Bienaventuranzas, que perfeccionan ese camino hacia la felicidad. Dios ha prometido el cielo y es Fiel, nuestra felicidad se funda en la fidelidad de Dios y consiste en nuestro amor fiel a Dios. No lo olvidemos nunca.

Señor, que me acuerde una y otra vez que la felicidad plena la prometiste para después de la muerte, y que sólo seré feliz en esta tierra empleando mi libertad en lo que Tú quieres, en amarte, siguiendo tus caminos.

7 tiempo ordinario

Amar a los enemigos

“A vosotros que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian. Al que te hiere en la mejilla preséntale también la otra” (Lc 6, 27-29)

Después de aclarar el error de los fariseos, Jesús expone cuál debe ser la norma de comportamiento ante quien nos causa mal. Porque una cosa es el error, que siempre ha de ser rechazado, y otra las personas que yerran. Y el gran peligro está en el amor propio, que lleva a querer mal, sobre todo cuando la injusticia se padece en primera persona.

Jesús nos dio ejemplo en su Pasión. Él no era un soñador idealista que ingenuamente creyera en la bondad natural de las personas, pues conocía que el pecado es una realidad. Pero tampoco las trataba mal como si merecieran que se descargara la cólera de Dios al haber descubierto la malicia en el corazón ajeno. Sólo un corazón sin malicia y que conociera a fondo la fragilidad humana y su capacidad de conversión podía ser capaz de tratar con ese respeto y amor a los que obraban mal.

Cuando los soldados en la pasión –y antes los sanedritas– le golpearon, le escupieron en la cara y le pusieron una corona de espinas para burlarse, Él callaba. El ojo de Jesús sabía mirar a través de los velos de las pasiones humanas y penetrar hasta lo más íntimo del hombre, allí donde él está solo y desnudo, allí donde no tiene más que miseria y depende de una infinidad de influencias del cuerpo, del alma y del entorno. He ahí por qué Jesús no quería juzgar ni aún cuando le atormentaban y maltrataban. En cambio, perdonaba siempre.

Cuando le golpearon en la mejilla quiso que se aclarara esa flagrante injusticia, pero no sólo la cara sino todo el cuerpo iba a presentar en la flagelación. A Jesús lo que le interesaba era salvar al hombre, antes que salvar sus propios derechos a toda costa.

Arranca, Señor, de mí el amor propio. Hazme entender que lo que importa es ayudar eficazmente a los demás a salir de sus errores y pecados, no quedarme atascado por las ofensas que se hacen en el mundo o me causen a mí. Que puedan ver en mí a Cristo que perdona y salva.

8 tiempo ordinario

La viga en el ojo

“¿Por qué miras la paja en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en el tuyo?... Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás con claridad cómo sacar la paja del ojo de tu hermano” (Lc 6, 41-42)

Es la propia malicia de nuestro corazón lo que nos hace ver mal a los demás, como unas dioptrías que deforman nuestra apreciación. Y por eso hablamos mal de los otros, abiertamente o con sutil ironía. La recomendación es clara: procura tú mejorar en ese aspecto que ves mal en tu hermano, y una vez curado, descubrirás que no era tan grande su defecto.

Dios nos mira con ojos de madre; por decirlo de alguna manera, nos ve siempre por nuestro lado bueno. Todos tenemos defectos, y bueno será que los reconozcamos y procuremos quitarlos. Pero no somos un conjunto de males, ninguno de nosotros. Debemos hacer el propósito de ver el lado bueno de las personas y de las cosas, porque, además, así seremos más objetivos. En contra de lo que puede parecer, es así. Una cosa es que nos demos cuenta de lo que está mal en los demás, y otra el espíritu crítico que no sólo ve lo negativo, sino que, además, lo agranda. Es la viga en el ojo propio.

La soberbia tiene un mecanismo automático: ante el bien que uno hace, se recrea en él y lo aumenta; ante el mal que realiza, tiende a olvidarlo; ante el bien que otro hace no tiene más remedio que reconocerlo pero le añade un pero; y ante el mal que otro realiza, lo exagera con el fin de bajarle, para uno mismo subir. Es la hipocresía, la mentira. La humildad razona justo al revés. La humildad es la verdad. No, no es exagerado ver en uno mismo la viga enorme aun cuando se trate de cosas pequeñas, porque ante el amor de Dios todo es grande. Los santos se consideran a sí mismos pecadores y son sobremanera indulgentes con las flaquezas ajenas. Son más realistas, se parecen más a Dios en su modo de ver las cosas.

Jesús, que conoces nuestras deficiencias y nuestros buenos deseos para hacer el bien, que quieres ayudarnos a ser buenos; danos luz para que arranquemos el obstáculo nefasto de la soberbia, que distorsiona nuestro corazón y nos impide conocernos y reconocer el bien a los demás.

9 tiempo ordinario

El respeto

“No estaba ya lejos de la casa cuando el centurión le envió unos amigos para decirle: Señor, no te tomes esta molestia, porque no soy digno de que entres en mi casa; por eso ni siquiera yo mismo me he considerado digno de venir a ti; pero di una palabra y mi criado quedará sano” (Lc 7, 6-7)

Este centurión trata con deferencia y respeto a Jesús. Se da cuenta de que está ante alguien importante, y hace su petición desde la humildad. Es importante reconocer el valor de la autoridad, de las personas e incluso de las cosas. Hay que tratar a cada uno como se merece. La confianza es otro valor, pero no debe llegar al punto de perder el respeto. Dios se merece todo nuestro respeto, y esta actitud ha de estar presente siempre en nuestra oración, en la Liturgia o al hablar de Él. Asimismo al hablar de la Iglesia o de sus ministros. Las personas y cosas santas hay que tratarlas santamente. De otra manera hay riesgo de ir perdiendo el sentido de lo sagrado, y, en definitiva, la fe.

También en el amor humano es fundamental respetar la dignidad de la otra persona: no se puede hacer con ella cualquier cosa, invocando un pretendido amor. Hay que respetar su dignidad y el tipo de relación que se tiene con ella: no es lo mismo estar casados, que ser amigos o ser hermanos; las manifestaciones de cariño han de ser distintas. El amor que no tiene como premisa el respeto no es verdadero amor.

No da igual todo por el hecho de que haya confianza. Es preciso respetar a los padres, la opinión de los que saben, la autoridad establecida, etc. En cuanto personas todos somos iguales, pero en otros aspectos no, y hay que tratar a las personas distintas de manera distinta. Es importante corregir a los niños cuando usan mal las cosas o abusan de ellas –si maltratan los animales, rayan una mesa, ensucian o desordenan–, no por ellas, por las cosas, sino por ellos, porque el respeto a lo que son las cosas supone un orden interior, importante en la vida personal, social y religiosa.

Señor, no soy digno de que entres en mi casa cuando me acerco a comulgar; me doy cuenta de Quién eres Tú y de quién soy yo. Pero di una sola palabra para que mi alma quede curada, preparada para tu visita.

1 de Cuaresma

Las tentaciones

“Después el diablo lo llevó a un lugar elevado, y le mostró todos los reinos de la superficie de la tierra en un instante. Y le dijo: «Te daré todo este poder y su gloria, porque me han sido entregados y los doy a quien quiero. Por tanto, si me adoras, todo será tuyo.» (Lc 4, 5-7)

Las criaturas son un reflejo de la Bondad y la Omnipotencia divina. Son buenas, pero en la Biblia (y de modo específico en el Eclesiastés) se nos habla de la vanidad de vanidades que, sin Dios, son la ciencia, la riqueza, el amor y la vida. La Iglesia posee un sentido demasiado realista del pecado como para abandonarse candorosamente a una exaltación incondicional de las riquezas de la creación, y no olvida las advertencias de Dios sobre el hechizo y la fascinación de las criaturas, que exponen a las almas a apartarse de Dios: *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?* (Lc 9,23).

Debido a la malicia que anida en nuestro corazón y a nuestra fragilidad, en ocasiones las criaturas constituyen un obstáculo que nos aleja de Dios; y tras nuestras caídas, se convierten en fuente de abundantes lágrimas. Las *Confesiones* de san Agustín están llenas de estos suspiros y lamentaciones motivados por el recuerdo de sus caídas personales.

Del evangelio de hoy podemos sacar algunas conclusiones prácticas: descubrir todo aquello que para nosotros es ocasión de pecado, y rechazarlo con prontitud, sin dialogar con el diablo, como hizo Jesús. Aunque puedan ser cosas buenas, si no lo son para nosotros. Se nos pide una decisión radical. A la vez, debemos ver las tentaciones como *oportunidades* que se nos presentan para demostrar nuestro amor a Dios. Tener tentaciones no es malo, lo malo es caer, hacer el mal. Si sabemos aprovecharlas nos pueden dar mucha presencia y unión con Dios. Finalmente, hemos de contar con la ayuda de los ángeles, y muy especialmente con el Ángel Custodio que cada uno tenemos.

Hazme humilde, Señor, para reconocer con sinceridad lo que me aparta de Ti, y dame la fortaleza necesaria para huir de la tentación. Que nada me ate a las criaturas; ni siquiera aquellas personas a quienes debo querer, pero que pueden trastornar mis afectos y alejarme de tu amor, pues sólo debo adorarte a Ti.

2 de Cuaresma

El esplendor de la verdad

“Mientras él oraba, cambió el aspecto de sus rostro y su vestido se volvió blanco, resplandeciente. Y he aquí que dos hombres estaban conversando con él: eran Moisés y Elías que, aparecidos en forma gloriosa, hablaban de la salida de Jesús que había de cumplirse en Jerusalén” (Lc 9, 28-36)

En medio de un gran resplandor, Jesús –Luz de los hombres– habla con Moisés y Elías, que representan respectivamente la Ley (la moral) y los profetas (la doctrina). Jesús vino a darnos la vida divina a través de su muerte y de los sacramentos que instituyó, y a darnos la luz, el sentido de nuestra vida. Quien le sigue no camina a oscuras, quien no le ha escuchado o no quiere escucharle no acierta en sus decisiones vitales. Ahí están tantas filosofías antiguas y modernas, incapaces de explicar qué es el mundo, quién es el hombre y quién es Dios.

«Splendor veritatis», así se titula una encíclica del Papa Juan Pablo II, porque la verdad es bella, es esplendorosa, atractiva para todo hombre de buena voluntad. En última instancia el hombre de buen corazón es aquel que busca la verdad, ante ella humilla su razón, la admite, y procura cumplir la Ley que descubre en su corazón. Hay una grave obligación de todo hombre de buscar la verdad en cuanto a Dios y su Iglesia y, una vez conocida, seguirla.

Jesús departía con Moisés y Elías sobre su Pasión. Cristo en la cruz será el arco voltaico, el relámpago de Dios, el faro que ilumina el sentido de nuestro andar; y la fuente de la que mana la vida sobrenatural. El hombre ha nacido para entregarse a Dios, para obedecerle y amarle, aunque le suponga sacrificio, incluso la muerte. Ser cristiano no puede ser un mero título que aparece en el documento de identidad junto al grupo sanguíneo, significa un modo de vida, precisamente el que Dios ha querido para los hombres: amarle, dar la vida día a día por El, según la fe y la moral que Jesús nos enseñó. El premio es el cielo, pero hora hay que recorrer el camino de la obediencia, del amor, del sacrificio.

Hoy nos abres la puerta del Cielo y por esa rendija dejas entrever el premio. Señor, auméntanos la virtud de la esperanza, seguridad que nos ayuda a vivir ahora como Tú deseas. Procuraremos conocer mejor lo que nos has enseñado y ponerlo en práctica.

3 de Cuaresma

Espíritu de examen

“Si no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente... Y les decía esta parábola: Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y vino a buscar en ella fruto y no encontró. Entonces dijo al viñador: «Mira que hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera sin encontrarlo; córtala, ¿para qué va a ocupar terreno en balde?»” (Lc 13, 3-7)

Es lógico que los alumnos, pasado un tiempo, realicen una prueba para demostrar al profesor y demostrarse a sí mismos el aprovechamiento. Es lógico que quien ha invertido su dinero en una empresa haga balance, y si no rinde, lo mejor es abandonar la empresa. Cada uno somos una inversión de Dios, nos ha dado mucho y libremente hemos de dar los frutos que Él espera. Nuestra vida no es nuestra, como si fuéramos independientes y pudiéramos hacer lo que nos viene en gana. Dios es el Señor de nuestra existencia.

La libertad tiene siempre el reverso de la responsabilidad: somos responsables del fruto bueno o malo que damos, o de la omisión del fruto debido. Dios tiene derecho a exigirnoslo. Y tan es así, que al final de nuestra vida nos va a pedir cuentas. Esta es la realidad.

Conviene que cada noche nos detengamos siquiera unos minutos para examinar nuestro día, lo que hemos hecho de bien, lo que hemos hecho de mal y lo que deberíamos haber hecho y no hicimos. En este examen de conciencia encontraremos acciones buenas, y serán causa para dar gracias a Dios, que es quien nos da todo; e indudablemente encontraremos cosas que hicimos mal, por las que hemos de pedirle perdón. La penitencia nos ayudará a ver mejor. Si no hacemos penitencia, pereceremos, pues no descubriremos el mal y no cambiaremos.

¿No es cierto que queda en mí mucha soberbia, mucha sensualidad, mucha pereza? ¿Por qué no soy alegre, optimista, esperanzado? ¿Qué frutos de fraternidad y apostolado he dado últimamente? ¿Cómo es mi oración? ¿Me quejo ante las contrariedades? ¿He hablado mal de alguien?

¿Qué frutos esperas, Señor de mí? Procuraré –con tu gracia– hacer lo que Tú esperas. Amante Jesús mío, ¡oh cuánto te ofendí!, perdona mi extravío, y ten piedad de mí.

4 de Cuaresma

Ser hijo pródigo

“Empezó a pasar necesidad. Fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el cual lo mandó a sus tierras a guardar cerdos; le entraban ganas de saciarse con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. Volviendo en sí, se dijo: Me levantaré e iré a mi padre.” (Lc 15, 11-18)

Mientras tuvo dinero, aquel chico tuvo amigos y amigas, parecía feliz porque no le faltaba de nada. Pero en realidad no lo era. El estado de necesidad simplemente puso en evidencia la vaciedad de su corazón, la pérdida de su dignidad humana. Hay una lógica en el bien y otra en el mal. Quien es bueno, aunque sea pobre o esté enfermo, puede ser un gran hombre, y saberlo. Quien hace el mal sabe que por ahí no lo es ni lo será. La dignidad del cristiano está en ser hijo de Dios. Quien comete pecado pierde la vida sobrenatural, y muchas veces hasta la dignidad humana. En ocasiones esto no se nota en la psicología o en la salud física; hasta que se entra en crisis, porque la vida sin Dios es un sinsentido. ¡Qué bueno es el sufrimiento porque hace recapacitar!

Volver en sí, dentro, en la conciencia, plantearse el sentido de la vida y de la muerte. Volver los ojos a Dios, que no nos limita con sus mandatos, y no está pronto al castigo. Al contrario, Dios es un Padre lleno de misericordia, que sufre al ver al hombre que se aleja de su verdad y sufre, y está pronto a conceder el perdón y a hacer fiesta. Ha hecho a cada un libre, y cada cual decide amar a Dios o marcharse. Él, sin embargo, espera al hombre que peca para que –libremente– vuelva a pedirle perdón. Porque el pecado es, en primer y ante todo, una ofensa contra el Cielo.

¡Cuándo aprenderemos que no vale la pena dejarse llevar por la tentación del pecado, que no compensa ni humanamente. Que es un engaño, y que se puede acabar... comiendo con los cerdos. Podemos ser muy felices y hacer felices a los demás, pero a veces no queremos. Sufrimos y hacemos sufrir. Hemos de hacer examen –volver en sí– y volver a Dios, que sólo desea nuestro bien.

¡Cuántas veces he de hacer de hijo pródigo cada día! No quiero quedarme en la caída; sí, me levantaré, volveré junto a mi Padre; volveré a ser el hijo que debo ser.

5 de Cuaresma

No vuelvas a pecar

“Le dijeron: «Maestro, Moisés en la Ley nos mandó lapidar a éstas; ¿tú que dices?»... Jesús se incorporó y le dijo: «Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado?» Ella respondió: «Ninguno, Señor». Jesús le dijo: «Tampoco yo te condeno; vete y desde ahora no peques más»” (Jn 8, 3-11)

¡No lo vuelvas a hacer nunca más! El pecado es lo que Dios aborrece, y donde hay pecado Él no puede estar, de modo semejante a como el agua y el fuego no pueden coexistir. El Señor comprende los errores, la debilidad humana, pero cuando se ha cometido el pecado, Dios no dice que no ha pasado nada: hay que reconocerlo y pedir perdón en el sacramento instituido para eso.

No debemos engañarnos imaginando que al pecar no sucede nada, como que Dios mirara hacia otro lado; imaginar que, porque Él es bueno, lo pasa por alto. Él comprende perfectamente lo que sucede en el corazón humano, pero porque sabe que el pecado es un acto voluntario –y sabe el mal que supone para el pecador– no quiere dejarle en ese lamentable estado, y le pide que voluntariamente rectifique.

Tarea dolorosa es rectificar cuando se es soberbio, cuando se quiere tapar para no ver. Dios nos pide humildad y amor. No desea condenar, es misericordioso, pero el que está en pecado está sin Dios, que es lo peor que le puede suceder a la persona humana. El infierno es eso esencialmente, alejamiento de Dios, Bondad infinita.

Con qué delicadeza trató Jesús a aquella mujer, a la que posiblemente indujeron al pecado para tender una trampa a Jesús. Qué delicadeza la suya que respeta tan admirablemente a cada persona. No obliga, no coacciona, sugiere, pide, espera como el padre del hijo pródigo.

Dios no vence el pecado con la prepotencia violentando la libertad o castigando con venganza. Quiere vencernos a base de misericordia y de amor, como veremos al considerar la Pasión. Cada uno tiene que descubrir ese amor, la malicia que supone el pecado y rectificar.

Que yo entienda, Señor, cuánto te ofende el pecado y el daño que produce. De todo corazón te digo: no quiero volver a cometerlo nunca más.

Domingo de Ramos

Un burro como trono

“Envió a dos discípulos diciendo: Id a la aldea que está enfrente; al entrar encontraréis un borrico atado, en el que todavía no ha montado nadie; desatadlo y traedlo. Y si alguno os pregunta por qué lo desatáis les diréis así: porque el Señor lo necesita” (Lc 19, 29-31)

¿Por qué el borrico joven y no la mula o un airoso caballo? Jesús parece haber visto ya antes ese borrico y ha pensado en él. Y manda en su busca porque necesita de él. Dios, que ha creado todo y no necesita de nada ni de nadie, quiere necesitar de una criatura para entrar en Jerusalén. También necesita de nosotros, porque «el que te creó sin ti, no te salvará sin ti» (San Agustín). El desea poner en nuestra alma tesoros divinos; más, quiere tomar asiento en nosotros; pero nosotros hemos de colaborar con Él.

Y necesita de nosotros para que su palabra llegue a los demás. Dios podría infundir en cada persona su doctrina, como hizo con san Pablo, pero ha establecido, por la misteriosa solidaridad que existe entre los hombres, que unos sean el instrumento de Dios para llegar a los otros.

Ser trono de Dios es un gran honor. Si lo meditamos despacio nos asombraremos. Pero es preciso tener la mansedumbre y docilidad del burro, dejarse hacer por Dios, dejarse llevar. Dios no necesita de airosos corceles, de la belleza, la fuerza ni del poderío económico de sus instrumentos, sino de su docilidad.

Cuando Jesús entró en Jerusalén montado en el pollino, toda la ciudad se conmovió. A lo largo de la historia los santos han conmocionado el mundo, y sobre todo han removido las almas a plantearse seguir a Cristo. Si el trabajo apostólico no llega a conmover los corazones y que las personas se conviertan hacia Dios, puede ser que ese trabajo no esté bien enfocado, que sea moverse inútilmente.

Señor, que has prometido salvar a los hombres y a los burros (Salmo 36) indicando cuál ha de ser nuestra disposición, haz que entienda mi dignidad de hijo de Dios, que he de vivir en gracia y que por ella vives Tú en mí.

Dame docilidad y fortaleza para dejarme llevar por Ti, para que me entusiasme con tus obras y sólo busque tu gloria en lo que hago. Los frutos espirituales de mi trabajo los dejo en tus manos.

Domingo de Resurrección

El nombre

“Volvieron del sepulcro y anunciaron todo esto a los Once y a los demás. María Magdalena, Juana y María, la de Santiago, y sus compañeras contaban todo esto a los apóstoles. Ellos lo tomaron por un delirio y no las creyeron. Pedro se levantó y fue corriendo al sepulcro” (Lc 24, 8-12)

En el pueblo de Israel es muy importante el nombre. El nombre indica la persona con su dignidad y su historia, no la simple identificación de un ciudadano anónimo. Dios cambió el nombre a Abrán y le llamó Abraham, que significa padre de un gran pueblo. Y a Jacob le denominó Israel. El ángel Gabriel dijo a María y a José que al Niño que iba a nacer tenían que llamarle Jesús, que significa Dios salva. Y Jesús cambió el nombre a Simón por el de Cefas, Piedra. Y a Saulo por el de Pablo. El nombre indica la naturaleza de la persona, su poder y su misión, su vocación.

Cada uno tenemos un nombre “de pila” que nos pusieron al poco de nacer. Ese nombre es en cierto sentido irrelevante, pues podían habernos puesto cualquier otro. Pero hay un nombre secreto, que Dios nos da, por el que nos conoce, que sí es relevante. Es la vocación personal. Por eso, en la mañana de resurrección, cuando María Magdalena buscaba el cuerpo de Jesús y oyó su nombre ¡María!, entonces le reconoció. Había en la entonación de ese hortelano algo que sólo Jesús sabía decir. Fue como volver a oír de nuevo su nombre. Y la que estaba a oscuras por la pena, encontró al amor de su alma, a Jesús-Dios que la volvía a llamar. Fue como si María hubiera resucitado espiritualmente, y veía entonces todas las cosas con la nueva Luz de la eterna mañana, que es Cristo.

Jesús había llamado a cada uno de sus Apóstoles por sus nombres, y los Once estaban a oscuras, sin fe. Cuando escucharon a las mujeres, que ya veían las cosas de otro modo, no las creyeron. Aunque Jesús les envió esos primeros testigos de la resurrección, les costó a los discípulos creer que estaba vivo.

Dame a conocer mi nombre, Señor; el nombre que me diste, y por el que yo te conozco a Ti. El que me hace ver toda mi vida bajo el prisma de tu luz nueva. Ayúdame a creerte, a conocer qué esperas de mí.

2 de Pascua

Había que creer

“«Dichosos los que crean sin haber visto». Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de sus discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn 20, 29-31)

Los tres evangelios sinópticos narran más o menos los mismos sucesos de la vida de Jesús, y se puede hacer una sinopsis o comparación entre los tres. Pero el evangelio de Juan es distinto. Da por supuesto lo que los otros evangelistas han escrito y cuenta otros sucesos. En este pasaje, al final de su evangelio, Juan explica para qué lo ha escrito: para que creamos que Jesús, con quien él vivió, de quien era amigo, era y es Dios.

Inicia su evangelio hablando del Verbo, que estaba en Dios y era Dios. Ese Verbo se hizo hombre, y habitó entre nosotros. En el pasaje de las bodas de Caná, Juan resalta que, después de aquel milagro, sus discípulos empezaron a creer. Luego relata anécdotas largas donde se aprecia que Jesús es más que un mero hombre: el encuentro con Nicodemo, su diálogo con la Samaritana, la resurrección de Lázaro, una multiplicación de los panes y diversas curaciones. Después describe largos diálogos con los príncipes de Israel para que creyeran en él, discurso que fue como su defensa anticipada en su proceso judicial. Luego narra su pasión, muerte y resurrección.

Los príncipes de Israel no quisieron creer que Él era el Mesías enviado por Dios, aunque vieron tantos milagros de Jesús (Jn 12,37). Después de comprobar con sus ojos que Lázaro había vuelto a la vida decidieron matar a Jesús, y también matar a Lázaro, para que no se supiera el milagro, porque muchos creían en Jesús (Jn 12,11). No se trata, por tanto, de ver o no ver milagros, sino de creer a Jesús. La salvación se decide en el corazón humano. Dios ha hecho ya suficientes prodigios, ha demostrado ampliamente que es Él quien nos habla. Toca a cada uno ahora creer a Dios.

Señor, me bastan los milagros que hay en los evangelios. No te pido más demostraciones, sino que me aumentes la fe. Creo lo que me enseñas a través de la Santa Iglesia Católica, creo que estás realmente vivo en el Sagrario, creo que yo también resucitaré. Creo, Señor, pero aumenta mi fe.

3 de Pascua

El poder de la obediencia

“Jesús les dijo: «Muchachos, ¡tenéis algo de comer!» Le contestaron: «No». El les dijo: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y ya no podían sacarla por la gran cantidad de peces. Aquel discípulo a quien amaba Jesús dijo a Pedro: «¡Es el Señor!»” (Jn 21, 5-8)

Los apóstoles, ellos solos, no logran nada. Ellos eran los expertos, conocían las técnicas de la pesca, las mejores horas y los lugares propicios. Jesús, de profesión carpintero, les dice que echen la red para pescar, y de una manera determinada. El resultado es la eficacia, los frutos. Es el poder de la obediencia, para que no lo olvidemos nunca. Los frutos en las empresas de apostolado en la Iglesia no dependen de la experiencia o de los medios con los que se cuenta, sino de la obediencia al espíritu que las dio origen. El que hace lo que Dios ha dicho, tiene premio siempre; por el contrario, el resultado de perder el buen espíritu es la infecundidad.

Obedecer al superior como obedece un niño a su padre, a pie juntillas, sin reservas, porque lo dice su padre. La obediencia supone humildad de la razón, creer a veces contra toda esperanza, hacer cosas que parecen locura hoy día o en estas circunstancias; pero es el camino de la eficacia, porque detrás siempre está el Señor.

La razón nos puede sugerir en ocasiones que de otra manera sería mejor –hay muchas «razones»–, y que el superior se puede equivocar. No hemos de olvidar que la única razón por la que existe la Iglesia en el mundo, y el motivo por el que hacemos lo que hacemos es sobrenatural. Si se pierde este sentido, se pierde todo: no tiene sentido ni la Iglesia ni las tareas de los cristianos, pues todo descansa en la obediencia de la fe en Jesucristo.

Señor, que conoces nuestras dificultades externas, y sobre todo nuestras dificultades interiores, no queremos actuar por nuestra cuenta y riesgo, porque el riesgo es grande, perderte a Ti. En tu nombre echaremos la red, hablaremos a los demás de Ti y les plantaremos la vocación para que todos puedan descubrir lo que Tú tienes previsto para ellos.

4 de Pascua

La Iglesia es comunión

“Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y me siguen. Yo les doy vida eterna; no perecerán jamás y nadie las arrebatará de mi mano.” (Jn 10, 27-28)

Jesús es uno con su Padre, y en la Última Cena pidió que cada uno fuéramos uno con Él (Jn 17,23). Entonces les dijo también que el diablo no podía nada contra Él (Jn 14,29). En la medida en que somos de Dios, en que estamos unidos a Él, el diablo no puede hacernos nada, porque somos de Dios. Pero en la misma medida en que no somos suyos, el diablo nos puede hacer caer. Entramos en comunión con Dios al escuchar su voz y creer en su palabra. Esto lleva a participar de su vida sobrenatural, que nos llega principalmente por los sacramentos (el que crea y se bautice), la oración y las buenas obras. La Iglesia es la comunión de los hombres con Cristo (*Catecismo*, 787).

¡Qué alegría saber que no estamos solos, que estamos unidos a millones los hermanos y hermanas nuestros por la comunión de los santos! Aunque estemos en lugares lejanos, incluso aislados, no estamos solos, nos encontramos en el mismo redil, con el mismo Pastor, participando de las mismas cosas santas. No estamos solos, sobre todo porque somos uno con Cristo. Qué seguridad. Él nos ha dicho que no pereceremos jamás y no seremos arrebatados de su mano. Si no nos separamos de Él, ni la muerte ni la vida, ni el diablo, ni una persona, ni los estados de ánimo podrán separarnos de Él. Ni de Él ni de los demás cristianos.

En la Iglesia estamos especialmente unidos a través de la Madre, en cuyo seno nos encontramos, en el que tantos y tantos acuden a sus santuarios marianos. Estas romerías son un trasunto de nuestra vida, que no es otra cosa que una romería hacia la casa de la Virgen –que es la casa del Padre– donde, por fin, nos encontraremos todos en Jesús.

Señor, que eres más íntimo a mí que yo mismo, y eres uno conmigo si estoy unido a Ti por la gracia. Graba a fuego en mi corazón estas verdades para que no me sienta nunca solo.

5 de Pascua

Os reconocerán

“Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor entre vosotros” (Jn 13, 34-35)

Un autor del siglo II dejó escrito que los cristianos laicos no se diferencian externamente en nada de los demás hombres: residen en las mismas ciudades, hablan el mismo lenguaje y llevan los mismos vestidos, obedecen las leyes, etc., pero no son mundanos; lo que es el alma en el cuerpo, eso mismo son los cristianos en el mundo (*Carta a Diogneto*, 5). A los cristianos se nos tiene que notar por nuestro modo de trabajar bien, porque no mentimos, porque vivimos las exigencias éticas en todo nuestro comportamiento, pero sobre todo en que sabemos querer: amamos a Dios y lo manifestamos, queremos a sus padres y hermanos, a todas las personas sin marginar a nadie; si los cristianos se casan lo hacen para siempre y no tienen miedo a los hijos.

Hay una silenciosa campaña laicista que pretende imponer a todos que quienes tengan creencias religiosas las vivan en privado, pero que no las manifiesten. Es un engaño en el que no debemos caer, porque no debemos ocultar nuestra condición. Dios cuenta con cada uno para ser luz del mundo, para ayudar a las gentes a reconocer la verdad. Y para eso es necesario vivir coherentemente la fe, sin hacer alardes externos, pero sin complejos.

El mundo está expectante, como con dolores de parto, esperando *ver la manifestación de los hijos de Dios* (Rm 8,19): ver cómo se aman los esposos cristianos, comprobar que se puede ser fiel en el matrimonio, que se puede tener familia numerosa, que se puede amar a los enemigos, que se puede ser fiel a la vocación divina. El mundo necesita oír la doctrina de Jesucristo, pero también necesita verla hecha vida en los cristianos. El ejemplo arrastra.

Señor, danos fortaleza a todos los cristianos, especialmente a los sacerdotes y religiosos, para que no tener miedo a los juicios del mundo, no queramos mimetizarnos, porque en esa medida no te somos fieles. Y ayúdanos para que sepamos amar a los que nos rodean y seamos testimonio de tu amor entre los hombres.

6 de Pascua

Obras son amores

“Jesús le respondió: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que escucháis no es mía sino del Padre que me ha enviado»” (Jn 14, 23-24)

Jesús, el Maestro, nos ha enseñado lo que Dios espera de cada uno de nosotros. A su marcha, el Espíritu Santo recordará todas sus palabras en la primitiva Iglesia. Con la muerte del último Apóstol –Juan– la revelación pública queda completada. Ya no habrá doctrinas nuevas, sólo mejor comprensión de las verdades de salvación. Y, sobre todo, lo que se trata es de vivir esas verdades. Quien lo cumpla, amará a Dios como Él desea ser amado.

En el Catecismo de la Iglesia Católica se contiene la Fe que hemos que creer, los Mandamientos que debemos de cumplir, la Liturgia por la que vivimos la fe, y cómo ha de ser nuestra oración. Conocerlo bien es tarea de la Iglesia que enseña (de los pastores) y de cada uno de los fieles. Conocerlo para practicar como cristianos.

Se equivoca quien dice de sí mismo que es creyente y no practica lo que cree, o afirma ser cristiano no practicante. De manera semejante a como el futbolista es quien practica el fútbol y no quien sabe mucho de ese deporte, cristiano es quien practica la doctrina cristiana. También muchos de los que están en el infierno conocen la doctrina, pero no son en realidad cristianos.

No nos engañemos tranquilizando nuestra conciencia con falsos argumentos. La vida tiene como fin amar a Dios, y se le ama cumpliendo sus palabras. No bastan los buenos deseos y las buenas intenciones si no se concretan en obras, porque, como dice el refrán, «obras son amores, y no buenas razones». En la otra vida no nos van a preguntar sobre las teorías que teníamos para justificar no hacer lo que debíamos, sino por lo que debíamos haber hecho: el bien y el mal, acciones y omisiones.

Jesús, que pasaste haciendo el bien y enseñaste a hacerlo; tu vida fue una demostración práctica de lo que predicabas. Ayúdanos a ser coherentes con la fe que profesamos, para que demostremos día a día que se pueden vivir las exigencias cristianas, que se puede vivir como el Padre desea.

La Ascensión del Señor

Quédate con nosotros

“Y mientras los bendecía se separó de ellos subiendo hacia el cielo. Ellos se postraron ante él... y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios” (Lc 24, 46-53)

Hoy queda claro quién es Jesús, se resuelve definitivamente aquella pregunta de Pilato y de tantos otros que se preguntaron y le preguntaron: Tú, ¿quién eres? A los apóstoles se lo había dicho: *Salí del Padre y vine al mundo, ahora dejo el mundo y voy al Padre* (Jn 16,28). El día de la Ascensión Jesús vuelve a su lugar de origen, porque Él es del cielo. Pero como se hizo Hombre para estar entre los hombres, ha querido quedarse en la Eucaristía, por nosotros y para nosotros.

Se ha ido y se ha quedado, respondiendo así a un deseo de los hombres que le decimos: «No te vayas todavía, no te vayas por favor...; quédate junto a nosotros que la tarde está cayendo...» Así decía la copla sevillana: «Que no sé leer, que no sé leer; no me mandes papeles que no sé leer; mándame a tu persona que la quiero ver. Por el correo mándame a tu persona que la deseo». No nos bastan sus cartas, queremos tenerle a Él. La Eucaristía responde, entre otros motivos, al deseo de estar juntos, a la realidad de la amistad.

Cuando me haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí para que, donde yo estoy, estéis también vosotros (Jn 14,3), nos había dicho. Ese lugar está en el Cielo, pero también está en la tierra. Él está ahí, y desea que estemos junto a Él. «Amar quiere decir estar cercano a la persona a quien se ama; significa *estar cercano* al amor con el que soy amado. Amar significa también *recordar*, caminar de alguna manera con la imagen de la persona amada en los ojos y en el corazón. Quiere decir *meditar* en el amor con el que soy amado, y profundizar cada vez más en su grandeza divina y humana» (Juan Pablo II, 19-VI-1983).

¿Qué propósito he de hacer en un día como hoy, en el que Jesús se fue y se quedó para mí? Iré a tu encuentro, Señor, a ese lugar donde me esperas, la Eucaristía Sacrificio (la Misa) y la Eucaristía Sacramento; para acompañarte, para recordar tus palabras y tu vida, para meditar el amor con que soy amado. Sin prisa, como estás Tú en el Sagrario.

Pentecostés

Ven, Espíritu Santo

“Les enseñó las manos y el costado... «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo»” (Jn 20, 20-22)

Como una nueva creación, los nuevos adanes reciben el nuevo hálito divino, el Espíritu Santo. Jesús les mostró las señales de su Pasión para que reconocieran que era Él mismo, no otro, y para que supieran que ése tuvo que ser el camino del triunfo, de la salvación. Él había ido por delante, mostrándose a Sí mismo, mostrando el Camino. Y ahora les dice que Él, Dios, les envía, exactamente igual que Él fue enviado por el Padre.

Ellos habrán de ir como Jesús, desde la humildad, pero sin arredrarse ante las dificultades. Desde la humildad pero siendo líderes, pioneros, que muestren el camino mientras lo recorren. Son enviados como Jesús lo fue, sin otro bagaje que la pobreza y llenos del Espíritu Santo. Acudiendo una y otra vez a la ayuda de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, al poder de Dios.

Aunque la evangelización la hemos de hacer nosotros, como manos visibles de Dios, no hay que olvidar que quien remueve los corazones es Él, estamos haciendo una obra suya; es Dios quien la hace. Nosotros tenemos que ir, hablar de Dios con las personas, escribir, lo que haya que hacer en cada momento. Pero sin olvidar que hemos de estar constantemente conectados con Dios. Porque si no, haremos nuestra obra, no la suya. La oración es fundamental, los ratos de oración y la actitud continua de referencia a Él. Es así, además, como iremos cuando Él quiera y adonde Él desee. Para ser Cristo que pasa en nuestra tierra, en nuestro tiempo.

«Ven, ¡Oh Santo Espíritu!; ilumina mi entendimiento, para conocer tus mandatos; fortalece mi corazón contra las insidias del enemigo; inflama mi voluntad... He oído tu voz, y no quiero endurecerme y resistir, diciendo: después... mañana. Nunc coepi! ¡Ahora!, no vaya a ser que el mañana me falte.

¡Oh, Espíritu de verdad y de Sabiduría, Espíritu de entendimiento y de consejo, Espíritu de gozo y de paz!; quiero lo que quieras, quiero porque quieres, quiero como quieras quiero cuando quieras...» (San Josemaría Escrivá)

La Santísima Trinidad

Mirada de amor

“Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero no podéis sobrellevarlas ahora. Cuando venga Aquel, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia la verdad completa.” (Jn 16, 12-13)

La unidad sustancial del compuesto humano (alma y cuerpo), implica una interacción y la mutua dependencia de todas las facultades, biológicas y psicológicas, cognoscitivas y apetitivas. Es un hecho de experiencia que nuestros juicios (cómo pensamos) son influidos por los datos que tenemos pero también por nuestras tendencias afectivas: nuestras opciones intelectuales, incluso las más objetivas en apariencia, son dictadas a menudo por un subconsciente de afectividad que nos mueve en el sentido de nuestras simpatías o antipatías.

El afecto tiene una importancia decisiva en la persona. Si está ejercitado en el bien verdadero, puede conducirnos a una dimensión a la que no es capaz la razón. Una madre, por ejemplo, puede que adivine el sentimiento de su hijo mejor que el psiquiatra más agudo. El cariño pesa con todo su peso para inclinarla hacia un juicio instintivo, que surge de ella no de un subconsciente infrarracional o tenebroso, sino de un sentimiento suprarracional, de connaturalidad entre dos seres unidos por una afinidad profunda.

El *conocimiento por connaturalidad* es el conocimiento que tienen los místicos de Dios. Sin desprenderse del conocimiento que se tiene por la fe, alcanzan a Dios tal cual es con una *mirada de amor*, como su Bien supremo, que actúa sobre la voluntad de ellos con el más poderoso atractivo, el único capaz de saciar el ansia de amor, el ansia fundamental. La cuasi experiencia de Dios les hace aparecer a sus almas como el Ser más amado y más deleitable. Dichosos los que, movidos por el Espíritu de Dios, inician su conocimiento en la fe revelada y llegan a la verdad plena, a Dios mismo, en una mirada sin cansancio y sin descanso, como un anticipo del cielo en la tierra.

Ven Espíritu Divino y muéstranos toda la verdad que podamos conocer ya ahora sobre cómo sois las Tres divinas Personas. Transfórmanos, capacítanos para que sepamos amar como los místicos y te veamos con esa mirada de amor tal como sois.

Corpus Christi

El milagro eucarístico

“Tomando los cinco panes y los dos peces, miró al cielo y pronunció la bendición, los partió y los dio a sus discípulos, para que los distribuyeran entre la muchedumbre. Comieron y se saciaron todos. Y de lo que sobró recogieron doce cestos de trozos.” (Lc 9, 16-17)

Jesús hizo dos milagros que servirán para entender algunos aspectos de la Eucaristía: la conversión del agua en vino en Caná y la multiplicación de los panes. La Eucaristía es el sacramento por el que, por las palabras de la Consagración se convierte toda la sustancia del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y por tanto allí está Cristo entero, con su humanidad y su divinidad.

Y esto se realiza en todos los lugares y sobre todos los trozos de pan y sobre todo el vino que se consagra. Cristo no se rompe al romper las especies (ya no es pan sino *formas* de pan: sólo queda la rugosidad, la consistencia, el color, en definitiva las formas externas de lo que fue pan). La Eucaristía es un milagro permanente. Sin embargo hay que creer. La fe es creer a alguien, y porque uno se fía de esa persona, se tiene por cierto lo que ella dice. No es ilógico tener fe. Quien no cree en la presencia de Cristo en la Eucaristía, cree en cambio en los ovnis, los horóscopos, las cartas y en un sinfín de cosas. Los que se dicen no creyentes suelen creer en muchas más cosas que los cristianos.

Hay que creer a Dios, que es el único capaz de hacer milagros, y los ha hecho; ahí están los milagros eucarísticos de Daroca, Lanciano o Bolsena. No vale la excusa del que dice: «Si yo viera un milagro creería», porque el milagro está ahí, y precisamente lo que hay que hacer es creerlo. El que no se acerca a adorar a Dios presente en la Eucaristía, es que no tiene interés en enterarse.

Jesús se ha quedado en la Eucaristía para nosotros, para que se distribuyera entre los cristianos y para nuestra adoración. Por su parte Dios ha querido acercarse a nosotros, es nuestra parte lo que falta. Él está ahí, en esas dimensiones del pan y del vino; ¿dónde estamos nosotros?, ¿a su vera?

Danos siempre de este Pan, tu Cuerpo y Sangre, Señor. Auméntanos la fe, la fe de la Iglesia que sabe lo que tiene, que te tiene a Ti.

10 tiempo ordinario

¿Por qué lloras?

“Al acercarse a la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar un difunto, hijo único de su madre, que era viuda... Al verla, el Señor se compadeció de ella y le dijo: «No llores»” (Lc 7, 12-13)

Jesús se emocionó y lloró a la muerte de su amigo Lázaro y en otra ocasión al ver de lejos la ciudad de Jerusalén por lo que sufrirían sus moradores cuando los romanos cercaran la ciudad. Ante la viuda de Naím se vuelve a emocionar porque tiene corazón ante el sufrimiento ajeno. Lloró David después de cometer su pecado múltiple; lloró amargamente Pedro después de haber negado conocer a Jesús. Lloró la Magdalena a los pies de Jesús el día de su conversión, y junto a la Cruz y ante la tumba abierta. En esta última ocasión Jesús le preguntó: *Mujer, ¿por qué lloras?* (Jn 20,15). Entonces la Magdalena lloraba por la pérdida de Jesús.

Quizá sea hoy un buen día para que nos preguntemos por qué lloramos. Si es por la muerte de un ser querido, si es por el sufrimiento del que somos testigos, si es por el pecado; o si, por el contrario, es porque no nos sale lo que teníamos previsto, por nuestro amor propio herido, nuestra humillación, traducida en queja. ¿Qué es lo que nos hace sufrir y llorar? No olvidemos que «la rueda estropeada es la que más chirría». ¿No será acaso que pensamos mucho en nosotros mismos? Jesús, que se compadeció de aquella mujer viuda, nos dice también a nosotros: No llores. Si tenemos un poco más de sentido sobrenatural no nos dolerán las contradicciones –que podemos ofrecer a Dios–, nos quejaremos menos. Y sí, en cambio, nos dolerán aquellas otras cosas que hacían sufrir a Jesús, que hacen sufrir a los santos.

¿Cómo es nuestro arrepentimiento, nuestro dolor de amor, cuando acudimos al sacramento de la Confesión? ¿Es la humillación de que nos haya pasado eso a nosotros eso, es el temor, la vergüenza lo que nos causa pena? ¿No deben ser las lágrimas de Pedro, y sus palabras de arrepentimiento las que deberíamos repetir? Una vez arrepentidos, oiremos que el Señor nos dice: No llores.

Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que yo te amo. Desde lo hondo a Ti grito, Señor. Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa.

11 tiempo ordinario

El valor de los detalles

“Vuelto hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies; ella en cambio ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el beso; pero ella, desde que entré no ha dejado de besar mis pies. No has ungido mi cabeza con óleo; ella en cambio ha ungido mis pies con perfume.” (Lc 7, 44-46)

Es el amor o la falta de amor lo que Jesús advierte. La contrición es un acto de amor, y el de aquella mujer fue muy grande. Su arrepentimiento pasó desapercibido para aquel fariseo, porque él mismo no había cuidado los detalles. En los detalles se descubre al buen profesional, la buena educación, el cariño. Habitualmente no se nos presentarán grandes ocasiones de demostrar el amor a Dios; lo normal será cuidar lo pequeño: la genuflexión, los detalles de liturgia (hasta el incienso y el perfume Jesús lo valora), la puntualidad, la limpieza, el orden, no descuidar los sentidos, el recogimiento... Son pequeñas cosas, pero ahí es donde nos jugamos el amor a Dios.

Dios son Personas, que nos ven. Jesús tiene corazón humano y se da cuenta: le alegra comprobar el cariño o le duele la falta de atención. No por Él, sino por nosotros. Somos humanos y el cariño a Dios hemos de demostrarlo de esta manera, al modo humano, con pequeñas obras, pero obras de amor al fin y al cabo. Lo que Jesús le da a aquella mujer es desproporcionado: perdona sus pecados y le permite recuperar la alegría honda del corazón. Jesús da mucho por poco que se le dé.

¿Por qué la aridez en la oración? ¿Por qué en ocasiones nos parece que no está en la Eucaristía o que no nos oye en la oración? ¿No será porque, a base de descuidos, somos nosotros los que nos hemos alejado de su presencia amorosa? El amor hay que cultivarlo y conquistarlo cada día. El premio son pequeñas flores, con sus colores y perfumes imperceptibles para los demás, pero que llenan el corazón.

Necesitamos hacer examen y concretar propósitos. La piedad nos hace entender cosas que la mera razón no capta.

Perdona, Señor, mi falta de cariño. Mis descuidos, mi acostumbamiento, mi rutina en las prácticas de piedad. Procuraré cuidar la puntualidad y las posturas del cuerpo en la oración y en la Misa.

12 tiempo ordinario

Mortificación cristiana

“Y, dirigiéndose a todos, decía: El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y me siga. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará»” (Lc 9, 23-24)

Quienes buscan como fin de sus vidas pasarlo lo mejor posible, evitando el dolor a toda costa y permitiéndose ciertas compensaciones sin las cuales les parece sería imposible vivir, esas personas la mortificación les resulta una palabra extraña, cuando no se asocia con la imaginación a ciertas penitencias medievales entendidas como torturas. Se imaginan que los cristianos al hablar de la mortificación están locos o que son felices haciendo cosas que dañan la salud, o la conciben como una especie de tributo que han de pagar a la divinidad que promete a cambio la salvación.

No nos engañamos si afirmamos que esa imagen de la mortificación ha sido expresamente difundida, y acogida favorablemente por aquellos que no están dispuestos a renunciar a ningún placer o a dejar de buscar sus intereses, y es acogida con gusto por quienes se dejan llevar del gusto.

La mortificación cristiana no va contra el deseo de felicidad, al contrario: la realidad es que a veces nos apetecen cosas que no nos vienen bien. Y en la medida en que contrariamos las apetencias que nos inclinan al mal, estamos evitando el mal, aquello precisamente que nos impide alcanzar la felicidad. Mal consejo sería decir a quien tiene un dolor de muelas que no acuda al dentista porque le puede hacer daño, cuando es éste quien puede quitarle el dolor.

El problema consiste en que queremos ser felices a nuestra manera, y ahí es donde nos equivocamos. El sacrificio, la mortificación voluntaria es una necesidad para liberar al hombre de sus tendencias caprichosas, que a la postre le hacen infeliz. Pero es sobre todo la demostración práctica de que amamos a Dios. Sin Cruz no hay cristianismo. Sin Cruz el hombre no encuentra a Dios.

Dame, Señor, la sabiduría de la Cruz para que yo tome mi cruz de cada día con garbo humano y sentido sobrenatural, siguiéndote a Ti. Porque sólo en tu Cruz está la Vida, la muerte a uno mismo y la Resurrección a la verdadera Vida. Y ahí te encontraré.

13 tiempo ordinario

El Corazón de Jesús

“Pero no le recibieron porque se dirigía a Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le preguntaron: «Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que acabe con ellos?» Él se volvió y les reprendió” (Lc 9, 51-62)

De lo que rebosa el corazón habla la boca (Lc 6,45), y lo que acababan de decir sus discípulos debió de herir al Maestro, porque no era eso lo que les había enseñado. No sabía Juan el pozo de malicia de donde había salido esa frase, que equivalía a decir: ojalá se mueran. Quien es vengativo, quien tiene mala idea o desea el mal al prójimo no ha entendido a Cristo. Poco a poco aquellos hombres lo fueron aprendiendo, sobre todo al entender el significado de su entrega en la Pasión.

Hemos de mirar al corazón de Jesús para aprender cómo nos quiere, la paciencia que tiene, cómo se compadece y perdona, cómo se ha entregado. Su costado abierto por la lanzada es como una ventana por la que llegamos a descubrir la riqueza insondable que es Cristo, y por la que alcanzamos a ver la magnitud del amor divino revelado en un corazón de carne, humano.

El suyo es un corazón dispuesto a acercarse a los pecadores, sin hacer acepción de personas, sin importarles el trato que reciba; porque busca a la oveja perdida a costa de cualquier sacrificio. Un corazón que se emociona ante el amigo fallecido y ante el dolor de la viuda que sufre; un corazón manso y humilde, que no devuelve mal sino bien ante lo que se le haga; un corazón que se entregó de tal manera por cada persona que, al ser atravesado por la lanza, ya no le quedaba ni sangre que entregar.

Somos discípulos del tal Maestro si somos comprensivos, misericordiosos, perdonadores, mansos, cariñosos. Lejos de nosotros, por tanto, el rencor, la frialdad, la altanería, la dureza en el trato. Tener un corazón, en definitiva, hecho a la medida del Corazón de Jesús. En esto, además, conocerán los hombres cómo es Dios: viendo a sus discípulos.

Gracias Señor porque te has hecho tan cercano y nos has revelado cómo eres: lento a la ira y rico en misericordia. Un Dios amable, que comprende y perdona. Quítame las impurezas, dame tus sentimientos, tu mismo modo de ver las personas; dame, Señor, un corazón semejante al tuyo.

14 tiempo ordinario

La misión

“Después de esto designó el Señor a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar a donde él había de ir. «Y les decía: La mies es mucha mas los obreros pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Id.»” (Lc 10, 1-12; 17-20)

Rogar al dueño y también ir. Es una tarea de todos los cristianos. «La misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros. La tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del bien vivir. En un mundo fuertemente secularizado, se ha dado una gradual secularización de la salvación, debido a lo cual se lucha ciertamente en favor del hombre, pero de un hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal. En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndoles a los admirables horizontes de la filiación divina.

¿Por qué la Misión? Porque a nosotros, como a san Pablo, *se nos ha concedido la gracia de anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo* (Ef 3,8). La Iglesia, y en ella todo cristiano, no puede esconder ni conservar para sí esta novedad y riqueza, recibidas de la divina bondad para ser comunicadas a todos los hombres» (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*).

Hay dos modos de ser enviado, una yendo a otro lugar, y otra permaneciendo en el mismo sitio pero de otra manera: personas transformadas por la gracia y la doctrina cristiana colaboran a transformar la sociedad. No sólo para hacer un mundo mejor, más habitable. Sino un mundo donde Dios sea el norte de cada persona, donde las leyes ayuden al hombre a desarrollar sus capacidades humanas y puedan vivir como hijos de Dios. El cristianismo es un humanismo, ciertamente, pero es mucho más: Cristo es el camino para la salvación eterna.

Señor, que no me confunda, que no crea que voy bien sólo por no hacer mal, o por tener buena autoestima. Que vea la necesidad de mover los corazones hacia Ti, de que tengo que rezar para que haya vocaciones entregadas en la Iglesia, y que yo también tengo que ir. Que sienta en mi alma el gozo de ver nacer y desarrollarse tu vida en los demás.

15 tiempo ordinario

Vivir para los demás

“«Pero un samaritano que iba de camino llegó hasta él, y al verlo se movió a compasión, y acercándose vendó sus heridas echando en ellas aceite y vino; lo hizo subir sobre su propia cabalgadura, lo condujo a la posada y él mismo lo cuidó... ¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo de aquel que cayó en manos de los salteadores?» El (fariseo) contestó: «El que tuvo misericordia con él». Le dijo entonces Jesús: «Pues anda y haz tú lo mismo»” (Lc 10, 33-37)

Más explícito no puede ser Dios con nosotros: Haz tú lo mismo, ten misericordia con los que te rodean. Posiblemente, por prudencia, no debemos atender a desconocidos que encontramos en la carretera. Sin embargo, no hemos de esperar a que se presenten sucesos insólitos o espectaculares para ayudar al prójimo; tenemos cerca mucha gente que necesita de nosotros. El buen samaritano hizo lo que podía hacer; ¿qué podemos hacer nosotros?

Como los ojos no están hechos para mirarse a sí mismos –y ay del día en que se miren a sí mismos–, el corazón humano necesita ocuparse de los demás para expandirse de modo natural y no quedarse encogido, bizzo. El amor a otra persona activa la capacidad de amar, que de otra manera quedaría necrosada y estéril. Estamos hechos para el amor, y quien no ama bien no puede ser feliz. No podemos tener tiempos reservados exclusivamente para nosotros porque hemos de vivir para los demás. Hasta en el descanso hemos de pensar cómo ayudar a los demás, incluyéndoles en el plan, haciendo algo que les guste, etc. Es no pensar cómo me organizo, o cómo resuelvo mis problemas.

Hasta el goce de un paisaje o de un viaje es mayor si se comparte. Pero no es sólo la comprobación psicológica de que se es más feliz si se piensa en los demás, es que amando al prójimo progresamos en el amor a Dios. Si nos preguntamos ¿qué espera Dios de mí?, la respuesta es: preocúpate de quienes tienes a tu alrededor. Haciendo esto indudablemente amamos a Dios.

Jesús, ayúdame a quitar el peso del egoísmo que me hace estar en mis cosas y me impide advertir los problemas y las necesidades de los demás. Hazme ver sus carencias y dificultades como propias, para que les dedique el mismo interés que dedico a mis necesidades.

16 tiempo ordinario

La mejor parte

“Marta andaba afanada con los múltiples quehaceres de la casa y poniéndose delante dijo: «Señor, ¿nada te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo de la casa? Dile, pues, que me ayude». Pero el Señor le respondió: «Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. En verdad una sola cosa es necesaria. Así, pues, María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada»” (Lc 10, 40-42)

Todos tenemos obligaciones, trabajos que hemos de realizar. También Jesús en sus tres años de vida pública parecía que no paraba de enseñar y viajar. Pero sí paraba, y se iba a solas a hacer oración con su Padre. Ese momento de encuentro era el momento mejor, el más importante de la jornada.

Deberíamos llegar a ser contemplativos de Dios durante toda la jornada, alabándole, pidiendo, dando gracias,... Pero no lo lograremos si no nos esforzamos por serlo de un modo particular en unos ratos de oración diarios. Sin esa quietud donde la palabra de Dios se hace carne en nosotros, sin ese mirar hacia el Cielo y, desde esa perspectiva ver lo que nos sucede y el mundo entero, caeremos en el activismo.

El activismo devora la vida interior y termina por olvidar el sentido de lo que se está haciendo. No basta con hacer cosas, incluso por los demás, sino hacer lo que Dios espera de nosotros. Sin oración se acaba viviendo hacia fuera, y hasta la ayuda que se presta acaba siendo algo que podría realizar alguien que no es cristiano. Se acaba por no acercarse a los demás a Dios.

Nos jugamos mucho en la oración. La calidad de la vida interior está en estrecha relación con la calidad de nuestro trato con Dios. Ahí, con Él, veremos muchas cosas. Quizá algunas que Él desea comunicarnos desde hace tiempo, y no ha sido posible por nuestra culpa.

¡Cuándo me daré cuenta definitivamente, que cuando me retiro en la oración o en cualquier otra práctica de piedad –incluso cuando detengo el pensamiento y digo una jaculatoria– estoy escogiendo la mejor parte! Que no me parezca tiempo perdido, Señor, porque sin esos momentos contigo, me perdería en mil cosas.

17 tiempo ordinario

El Padrenuestro

“Cuando oréis, decid: «Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu reino» (Lc 11, 2)

Dice el Catecismo que «la Iglesia es esta nueva comunión de Dios y de los hombres: unida con el Hijo único, hecho “primogénito de una multitud de hermanos”, se encuentra en comunión con un solo y mismo Padre, en un solo y mismo Espíritu» (n. 2790). Podemos rezar el Padrenuestro en la medida en que estamos unidos a Cristo, pues sólo somos hijos en el Hijo. Y lo podemos rezar en la medida en que estamos unidos a los demás cristianos.

La Iglesia es la *familia de Dios* (Ef 2,19), cuyo Padre es Dios. Estamos unidos a Él de modo misterioso y real al estar en gracia, y al rezar en Espíritu y verdad. Desde el inicio de la Iglesia la comunidad de los creyentes ora unida, junto a María. Por muy diferentes que sean los carismas que hayan recibido unos y otros, en la oración nos encontramos todos y nos sentimos muy unidos.

No debemos, por tanto, rezar esta oración que nos viene de Jesús de una manera rutinaria o mecánica. Con la palabra «Padre» estamos adorando a Dios (primer mandamiento), después santificamos su Nombre (segundo mandamiento), nos atrevemos a dirigirnos como hijos con su Padre del cielo, rezamos unidos a toda la Iglesia de todos los siglos, estamos pidiendo lo que más necesitamos: el alimento corporal y espiritual, que nos perdone los pecados y nos libre del Maligno.

Bienaventurado el hombre que medita la Ley de Dios día y noche. Así comienza el primero de los salmos. Dichoso quien se da cuenta de lo que dice cuando reza y a Quién se lo dice. Por eso es importante rezar despacio las oraciones vocales, y en especial el Padrenuestro. Bueno será que meditemos despacio esta oración, palabra por palabra, con lo que de ella nos dice el Catecismo, y en general toda la cuarta parte de este libro, que trata de la oración. Así entraremos más en comunión con Dios y con nuestros hermanos.

Señor, que deseas darme el alimento espiritual cada día en la Eucaristía y en la oración, que yo tenga hambre de conocerte mejor, de profundizar en la vida interior, saboreando cada día más aquellas palabras que Tú nos enseñaste y que quisiste que supiéramos desentrañar.

18 tiempo ordinario

Avaricia

“Estad alerta y guardaos de toda avaricia, porque si alguien tiene abundancia de bienes, su vida no depende de aquello que posee... Insensato, esta misma noche te reclaman el alma; lo que has preparado, ¿para quién será? Así ocurre al que atesora para sí y no es rico ante Dios” (Lc 12, 15-21)

La avaricia es uno de los siete pecados capitales. Con razón los religiosos quieren atarse voluntariamente con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, porque en esos tres temas es muy fácil que entre el “Yo”, y puede suceder que después de un error práctico, la soberbia se obceque y se empecine en no reconocerlo. La avaricia, dirá san Pablo es como una idolatría (1 Col 3,5), el dinero se puede convertir en una especie de dios. De hecho Jesús dijo que no se puede servir a Dios y a las riquezas. En latín riquezas se dice *mammona*, que deriva de Mammon, dios del norte de África que era celoso y quien le servía debía darle todo.

El dinero, y en general los bienes de la tierra, sirven para no estar preocupados por ellos. Quien pasa necesidad tiene que estar preocupado por conseguirlo, pero no el que ya lo tiene. Procurar amontonar riqueza es un error humano, porque posiblemente nunca se disfrute en la vida, y en la muerte hay que dejarla (y a saber qué se hará de ella); pero sobre todo, porque poner la ilusión de la vida en eso constituye un pecado grave, al tener como fin lo que ha de ser un medio.

El fin de nuestra vida es Dios, y hemos de atesorar bienes que se cotizan en el cielo: ser buenos manifestándolo en las obras buenas. Ayudar a los indigentes en sus necesidades, por ejemplo, es una obra buena que se ingresa en el cielo. Dios ve y valora cada acto de generosidad que hacemos, cada detalle que tenemos con los demás. Quizá debiéramos, en la presencia de Dios, plantearnos hoy algunas preguntas.

¿Dónde tengo el corazón? ¿De qué hablo? ¿De cosas que tengo que comprarme? ¿Ayudo a la Iglesia en sus necesidades en proporción con mis posibilidades? ¿He ayudado a alguna institución o a alguna persona necesitada para resolver su problema? ¿Soy generoso con mis familiares? ¿Soy generoso con Dios con mi tiempo?

19 tiempo ordinario

En el silencio

“Dichosos aquellos siervos a los que al volver su amo los encuentre vigilando. En verdad os digo que se ceñirá la cintura, les hará sentar a la mesa y acercándose les servirá...” (Lc 12, 37-40)

Hacer la oración bien depende en gran medida de nosotros mismos: de ponernos a ello, con puntualidad, de estar en vela ayudándonos con un libro, etc.) pero también depende de Dios. Ya es oración ponerse en presencia de Dios y hablarle, incluso el hecho de ir a hacerla es ya oración. Pero hay que llegar a hacer oración buena, sabrosa, que no cansa, porque nos lleva el Espíritu de Dios.

La oración debe ser un anticipo del cielo, y la imagen que nos pone Jesús es la del banquete donde el señor de la casa sirve a los convidados. La oración no es pensar en nuestros asuntos, ni en cosas religiosas, ni incluso pensar en Dios; es hablar con Dios. La imagen del banquete es elocuente, porque a la mesa es donde se invitan a los familiares y amigos, donde se cuentan las cosas íntimas de familia. Y en ese diálogo en el que hablan los dos amigos es donde aumenta la amistad. Por el contrario, el camino de la amistad que no se pisa, acaba borrándolo la hierba.

Es necesario el trato, la confianza. Pero es un diálogo entre los dos. A veces hay que callar y escuchar. Dios habla quedo en el fondo del corazón, y es necesario advertirlo. Si uno está atento, a la hora que menos pensemos viene el Hijo del Hombre. No porque se nos aparezca Jesús, que no hace falta *–más bien bienaventurados los que sin ver, creyeron (Jn 20,29)–*, sino porque advertimos que está muy cerca de nosotros; de hecho está en el Sagrario, pero hay que advertirlo. Entonces surgen propósitos, afectos e inspiraciones, al darnos cuenta de que nos dice las mismas palabras que pronunció en Palestina, que nos habla a través de la creación, de los sucesos y las personas. Con el paso del tiempo entendemos los sucesos de un modo sobrenatural. Ésa es voz de Dios.

Señor, que conoces nuestra flaqueza, cuánto nos cuesta hacer oración a veces, que nos cansamos, que no le encontramos gusto. Voy a poner todo de mi parte, estando vigilante, porque sé que, si actúo así, con perseverancia, a la hora que menos piense, me daré cuenta de que Tú, el Hijo del Hombre, estás muy cerca.

20 tiempo ordinario

El signo de la espada

“Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda? ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, os digo, sino división. se dividirán el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre” (Lc 12, 49-53)

Hay en el Evangelio aparentes paradojas. Una de ellas es ésta: por un lado Jesús hablaba de un reino de paz, y por otra parte que no había venido a poner paz sino la espada. Y esto se debe, como dijo Simeón a María cuando presentaron en el Templo a Jesús, porque Él es *signo de contradicción*, al poner al descubierto la bondad o la malicia de los corazones; a la vez a Ella se le auguró que una espada le atravesaría el alma.

Quien se decide a seguir a Cristo tendrá paz, aquí en la tierra y después en el cielo, la verdadera paz que el mundo no puede dar. Pero precisamente por querer ser buenos, se recibirá el ataque de la gente que no entiende –que no quiere entender– ese buen comportamiento, que se enfada y blande la espada de la calumnia, de no dejar vivir en paz. A veces será porque *no pueden soportar la sana doctrina* (2 Tm 4,3), otras veces porque se resisten a los planes de Dios. Ese rechazo puede convertirse en una auténtica persecución, y en algunos casos hasta procurar el martirio.

Muchos cristianos murieron en las persecuciones romanas por causa de la espada, otros devorados por las fieras. ¿Qué era lo que les mantenía en su fe y en su vida honesta? Aquel fuego que Cristo tenía en su corazón y que había venido a poner en la tierra: el amor al Padre y el amor a los demás. Jesús no vino a pelear contra nadie, vino a hablar de la verdad, y por eso a poner al descubierto los corazones: quien se rebela contra la verdad es que hay algo que está mal en su corazón. El que se enfada contra la Iglesia se está mirando en un espejo de justicia y se siente incómodo con sus ideas o con su vida. Precisamente siguiendo la verdad es como tendrá paz en el corazón, no permaneciendo en el pecado y en el error.

Señor, cuando trato de cumplir tu voluntad, sé que la espada es signo de la Cruz; señal de que hago lo que debo hacer. Te pido por los que no entienden mi camino, y por los que no quieren seguir el suyo, que Tú les propones.

21 tiempo ordinario

Los que se salvan

“Y uno le dijo: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?» El les contestó: «Esforzaos para entrar por la puerta angosta, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. Hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos»” (Lc 13, 22-30)

Jesús pone en relación la entrada en el cielo con la vida moral: los que han hecho el bien irán a la vida eterna, los que han muerto en pecado mortal, aunque hayan hecho muchas cosas en la tierra, irán al infierno. No depende, pues, del prestigio, de la sabiduría, o de otro valor, sino del bien y del mal, de la Caridad que se posee. Dios ve el interior del corazón, a Dios no se le engaña. Por eso, hablando humanamente, al llegar al cielo nos llevaremos sorpresas respecto a los que parecían “buenos” o triunfadores en el mundo. Por tanto no hemos de mirar la apariencia de las personas, ni tampoco debemos juzgar sus intenciones: sólo Dios conoce el interior de la persona y sus circunstancias. Lo que sí hemos de hacer es juzgarnos a nosotros mismos y ver si estamos caminando hacia la puerta angosta, por el camino estrecho de la pobreza y de la caridad.

¿Quiénes son los que se salvan? Los que hacen el bien y evitan el mal, los que cumplen los Mandamientos, la voluntad de Dios. ¿Son muchos los que la cumplen? Esa es la pregunta que hemos de hacernos personalmente. Es verdad que la salvación depende totalmente de Dios, pero en otro sentido depende totalmente de cada persona. El cielo y el infierno no son maneras de hablar. El cielo es como un banquete, una fiesta, la felicidad completa con Dios. En el infierno hay llanto y rechinar de dientes por la rabia, porque todo dependía de uno, y no se puede echar la culpa a nadie de haberse quedado fuera. Es la sensación (entre otros muchos suplicios) del que ha perdido el tren de su vida por acabar de ver cómo acababa una película y se ha quedado en la estación solo y con frío, para siempre.

¿Señor, son muchos los que te aman? Sé que son muchos más de lo que parece. Pero también es cierto que muchos otros no van por buen camino. Yo iré a visarles, a decirles la maravilla que supone estar contigo, de lo que se están perdiendo, de lo que pueden perder para siempre.

22 tiempo ordinario

Conocimiento propio

“Cuando seas invitado por alguien a una boda, no te sientes en el primer puesto, no sea que otro más distinguido que tú haya sido invitado por él, y al llegar el que os invitó a ti y al otro, te diga: cede el sitio a éste” (Lc 14, 7-14)

Al frívolo y superficial le importa quedar bien, que se cuente con él, le gusta dárselas de que sabe ante los demás, de que está al día... En general, la soberbia es enojosa para el prójimo, y hasta resulta ridícula, como en el caso de la parábola, cuando uno aparenta ser, tener o saber lo que no es, no tiene o no sabe. Por el contrario, quien es humilde no pretende llamar la atención, sobresalir en el hablar, en el vestir o en tantos otros detalles; resulta agradable y elegante en su sencillez.

Incluso, si le alaban por el trabajo realizado o por sus cualidades de voz o de memoria, sabe que lo tiene recibido, recuerda el esfuerzo que le ha costado y que un pequeño contratiempo puede hacer que pierda lo que tenía. En todo caso, el humilde no pierde de vista que los honores de la tierra son vaciedad y que tarde o temprano todo lo de esta tierra desaparecerá en el olvido.

Algo semejante sucede en las relaciones con Dios: ante Él no cabe la apariencia porque conoce perfectamente quiénes somos, cómo somos y toda nuestra historia. Por eso, la actitud fundamental de todo hombre que se acerque a Dios ha de ser la conciencia de su nada en presencia de “Aquél que Es”. «Yo Soy El que Soy. Tú eres lo que no es», decía el Señor a santa Catalina de Siena. Todas nuestras relaciones con Dios son regidas por esta verdad básica que nos sitúa en nuestro lugar.

La humildad es la virtud humana fundamental, sin la cual no hay ninguna otra que lo sea. La humildad atrae la gracia de Dios, que está dispuesto a *subir* a los humildes. En cambio, Dios no soporta a los soberbios, les deja solos, les devuelve a su nada. El que es humilde sabe cuál es su puesto siempre, ante Dios y ante los demás, y agradece todo.

Señor, Dame el conocimiento propio, para que me conozca como Tú me conoces, ame lo que Tú amas, y evite todo aquello que no merece la pena. Que sólo trate de agradarte, qué sólo Tú seas mi bien. Otra cosa no quiero.

23 tiempo ordinario

Plantearse la vocación

“Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre incluso su propia vida, no puede ser mi discípulo...Porque, ¿quién de vosotros, al querer edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos a ver si tiene para acabarla?” (Lc 14, 25-33)

Jesús planteó la vocación cristiana con radicalidad: hay que seguirle por encima de todo, por encima de la honra, de la familia, de los propios proyectos. Todas las personas y las cosas son buenas, y Dios las quiere para nosotros, pero si están vistas desde la respuesta generosa, porque lo primero es la llamada de Dios y la respuesta total. Todo ha de estar entregado.

Esto es lo que se pide al adulto que desea bautizarse, y en cualquier vocación cristiana específica (al sacerdocio, al estado religioso, a ser cristiano según un carisma determinado). Antes de dar esa respuesta, ha de pensarlo bien. Lo que Dios propone es algo serio. Es lo que llenará de sentido la vida terrena y la vida eterna. Es entender para qué hemos nacido y el modo en cómo hemos de vivir la vida. Pero no es un juego, un mero apuntarse. Uno se bautiza *para ser* cristiano, con todo lo que eso implica. Para después dejarlo, es mejor no asumir obligaciones graves.

Jesús enseña a renglón seguido que no hemos de tomar decisiones imponderadas, precipitadas, sino tomándonos el tiempo necesario, pidiendo consejo a quien pueda darlo. Esa prudencia no consiste en investigar si me interesa o no responder a Dios, si me compensa o no, si van a decir otras personas de mi familia, o calcular si voy a ganar o perder humanamente al entregarme a Dios. No se trata de eso, porque el planteamiento de Jesús es claro: el que calcula con Dios, no es digno de Él. Se trata de pedir luz a Dios, de tomarse el tiempo necesario para que, partiendo desde la humildad y la generosidad, acertar en lo que Dios quiere para mí, sabiendo que no es una ilusión y que abarcará toda la vida.

Ilumina y fortalece, Señor, a quienes tienen que descubrir todavía su vocación. Y danos a los que ya la conocemos una nueva luz para agradecerla como la verdadera orientación de la vida. Que, volviendo al amor del primer día, sepamos valorarla y arrancar de nosotros todo aquello que nos separe de Ti.

24 tiempo ordinario

¿Dónde tengo el corazón?

“El hijo mayor estaba en el campo y, llamando a uno de los criados, le preguntó qué pasaba. Este le dijo: Ha llegado tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado por haberle recobrado sano. Se indignó y no quería entrar” (Lc 15, 1-32)

El hermano del hijo pródigo es una imagen del hombre que vive para sí mismo: no le importa el sufrimiento de su hermano ni lo que causa alegría a su padre; critica el comportamiento de los demás, y no hace examen de su conducta. ¿Dónde estaba cuando llegó su hermano que no pudieron avisarle? ¿Por qué habla de su hermano con desprecio? ¿Qué tenía en su corazón para reprochar a su padre que a él no le había dado ni un cabrito? ¿Por qué no se lo había pedido nunca a su padre, es que no tenía confianza en él?

Con razón se ha puesto a este personaje como ejemplo de la tibieza en el orden espiritual, situación del que vive para sus cosas, que realmente no ama a Dios, aunque realice prácticas religiosas, que no pide perdón a Dios porque no ha hecho nada escandaloso (no se marcha de la casa), pero interiormente vive muy lejos de Él, porque vive en su mundo triste y amargado. Aquel chico no se había ido de la casa paterna, pero su corazón estaba muy lejos de las normas y costumbres de su casa, y no amaba lo que amaba su padre, ni con el interés de su padre. Quería ser él el centro de atención, y ve en su hermano que acaba de llegar un competidor. Su amor propio le impide salir de sí mismo y amar a los demás.

A su padre, por el contrario, le importa su hijo que estaba perdido y había vuelto. E invita al hermano a convertirse, a entrar en la casa –en las cosas– de la familia, en la fiesta. Hasta que no sea humilde y entre, no participará de la alegría de familia. A Dios le importamos cada uno, aún con nuestros errores y miserias. Siempre está a la espera de nuestro arrepentimiento para darnos mucho más de lo que imaginamos.

¿Dónde tengo el corazón? ¿En mí, en mis cosas, en mis planes? ¿Me intereso por las cosas de mi familia? ¿Me doy cuenta de que Dios espera una mirada mía, una oración, que esté pendiente de Él? ¿Entiendo que Dios quiere que yo sea muy feliz ahora, pero que he de olvidarme de mi “cabrito”?

25 tiempo ordinario

Fidelidad

“Quien es fiel en lo poco también es fiel en lo mucho; y quien es injusto en lo poco también es injusto en lo mucho. Ningún criado puede servir a dos señores, pues odiará a uno y amará al otro, o preferirá a uno y despreciará al otro” (Lc 16, 1-13)

Aunque en ocasiones nos parezca que somos incoherentes entre lo que pensamos y lo que hacemos, en el fondo puede que no haya tal incoherencia. Siempre hay un fondo en nosotros mismos, de donde sale lo que realmente amamos, donde tenemos en definitiva nuestro corazón. Es verdad que todos podemos tener fallos, errores o pecados, pero una cosa es esa, y otra que se vayan repitiendo esos detalles “sorprendentes”.

Por los detalles pequeños que salen como gotas podemos averiguar que existe una veta de agua, una raíz de la que brota una y otra vez el mal humor, el espíritu de crítica, la falta de pobreza, la falta de puntualidad, el descuido de los sentidos, etc. Cada uno tiene sus preferencias, sus amores. Quien prefiere de modo habitual acabar de ver la televisión o no se levanta puntual por la mañana y retrasa la oración, quien descuida la puntualidad en el trabajo, quien es irónico con los demás, etc., no debe engañarse: las prioridades que uno tiene manifiestan dónde tiene su corazón, qué es lo que ama más.

No nos engañemos: el que no es fiel en lo poco, tampoco lo es en lo mucho. El Señor, que es comprensivo ante la debilidad, es tajante ante esa debilidad consentida y habitual: es preciso aclararse y tomar una decisión: o Dios o el otro dios del orgullo, de la sensualidad, de la vanidad, de la pereza,... Es preciso ir a la vena de donde sale ese agua sucia, ir a la raíz y cortarla en la oración y con la penitencia. Porque o somos buenos o somos malos. La fidelidad es la perseverancia en el amor, y se juega normalmente en los detalles pequeños. Las grandes deslealtades no surgen de pronto. Cuando se cae el techo de una casa suele ser por no haber reparado las goteras ni haber quitado la carcoma de las vigas. Hemos de hacer examen para registrar nuestro desamor con Dios, que a la larga se paga tan caro.

Quiero poner esfuerzo, Señor, para ser coherente en el bien. Lucharé en los detalles pequeños para demostrarte que te quiero, que quiero serte fiel.

26 tiempo ordinario

El infierno existe

“Pero replicó Abrahán: «Tienen a Moisés y a los Profetas. ¡Que los oigan!» El dijo: «No, padre Abrahán; pero si alguno de entre los muertos va a ellos, se convertirán». Y les dijo: «Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco se convencerán aunque uno de los muertos resucite»” (Lc 16, 19-31)

Que oigan a Moisés y los Profetas. Dios ha hablado y no ha habla en balde, Dios no juega con los hombres. Si les habla espera una respuesta: la vida es respuesta a la llamada (vocación) de Dios. Toda vida es respuesta, y toda la vida es respuesta. En esta vida se pueden hacer teorías, engañarse, y escaparse de la voz de Dios, pero a Dios no se le engaña. Hay una responsabilidad por conocer el Evangelio y vivirlo: ahí está el catecismo de la Iglesia Católica, con sus cuatro partes: los contenido revelados por Dios (los Profetas), la Liturgia, la Ley de Moisés y la Ley de Cristo, y cómo hemos de orar.

Nadie puede decir que no lo sabía. «La ignorancia de las leyes no exime de su cumplimiento», este principio establecido en los Códigos civiles expresa la seriedad con que se ha de vivir en sociedad. Con la misma seriedad –por lo menos– hay que vivir las cosas que se refieren a Dios. Detrás de la realidad maciza de la muerte hay cielo o infierno, ésa es la realidad y ahí no valen teorías, opiniones ni estadísticas. Es muy fácil decir que el infierno no existe para no tener que vivir como se debe y como nos interpela hoy la palabra de Dios. Cada uno decide su suerte eterna.

La enseñanza de Jesucristo con esta parábola es clara y nítida. En el cielo no se tendrá pena de los que se condenan y sufren tormentos horribles sin nunca acabar, porque hay tal distancia que ni se sabrá que existen. No hay lástima, pues cada uno recibe según lo que ha querido.

Señor, te pido por aquellos por aquellos que no quieren creer en tus palabras (la Ley y los Profetas) y, en cambio, acuden a pretendidos espíritus de muertos que vagan por el mundo o invocan al diablo. Te pido para que tengan la oportunidad de enterarse de la verdad y sean humildes para reconocerla.

Te ruego también por los que no quieren pensar en las verdades eternas, para que no se engañen y quieran aceptar la realidad de la vida presente, que es vivir de cara a Ti.

27 tiempo ordinario

Todo lo hizo bien

“Pues igual vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: somos unos siervos inútiles; no hemos hecho más que lo que teníamos que hacer” (Lc 17, 5-10)

Cuando Dios creó el mundo, echó una mirada sobre él y vio que era bueno. Tenía bondad, pero además estaba bien hecho, acabado perfectamente hasta en sus últimos detalles. Y Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y lo puso en la tierra para que trabajara, para que trabajara a su semejanza, es decir, que hiciera obras buenas y que estuvieran bien hechas. No es pedir demasiado al hombre que trabaje bien, porque eso es lo que debe de hacer. La chapuza, que exige retocar el trabajo mal acabado, no es sólo una deficiencia técnica, sino un desorden en la persona.

Como un resumen de su vida, de Jesús dijeron que *todo lo hizo bien* (Hch 10.38). Explicó toda la doctrina y llevó a cabo la redención a la perfección, hasta el punto de poder decir al Padre: *he llevado a cabo la obra que me encomendaste hacer* (Jn 17,4), y en la Cruz: *Todo está cumplido* (Jn 19,30), he hecho todo lo que tenía que hacer, y bien hecho.

Cada día hemos de trabajar de esta manera, con perfección humana, con rectitud de intención, sin la mirada retrospectiva de autocomplacencia, sin alardear de lo que hacemos, porque es lo que debemos hacer. Ir haciendo el bien, y haciéndolo bien, ha de ser un lema de nuestra vida; para ayudar a los demás y para ofrecérselo a Dios. Dios lo está viendo y basta.

San Josemaría Escrivá lo explicó innumerables veces: «Sí, siempre la misma cosa. Pero esa tarea vulgar —igual que la que realizan tus compañeros de oficio— ha de ser para ti una continua oración, con las mismas palabras entrañables, pero cada día con música distinta. Es misión muy nuestra transformar la prosa de esta vida en endecasílabos, en poesía heroica» (*Forja*, 500).

Me gustaría decirte, Señor, el último día de mi vida: he hecho todo lo que debía de hacer, lo que Tú esperabas de mí; y como está bien terminado, te lo puedo ofrecer. Quiero ser yo mismo la obra bien terminada del Espíritu Santo. Hoy quiero trabajar así, bien hechas las cosas, en tu presencia para poder ofrecértelas.

28 tiempo ordinario

Ser agradecidos

“Uno de ellos, al verse curado, se volvió glorificando a Dios a gritos, y se fue a postrarse a sus pies dándole gracias. Era samaritano. Ante lo cual dijo Jesús: «¿No son diez los que han quedado limpios? Los otros nueve ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino sólo este extranjero?»» (Lc 17, 15-18)

Jesús era muy humano, tenía sentimientos, y echó en falta el agradecimiento en aquellos otros nueve leprosos a los que había curado. No por Él, sino por ellos. Y Jesús sigue vivo, también como Hombre. Es de bien nacidos el ser agradecidos. ¡Y nosotros tenemos que agradecer a Dios tantas cosas: la vida, la salud, el ser cristianos, la paz social, los alimentos,...!

Tenemos que acostumbrarnos a dar las gracias, de verdad, a Dios y a los demás. Es reconocer lo que hacen por nosotros, y que sin ellos no seríamos lo que somos. Una buena parte de nuestra oración ha de ir por este derrotero. La oración se teje con cuatro hilos, que cada vez se van haciendo más fuertes: adorar alabando, dar gracias, pedir perdón, y pedir por personas y por necesidades. Dios está dispuesto a darnos lo que necesitemos, pero, de algún modo, se siente más movido a concedernos lo que le pedimos cuando le hemos dado las gracias por lo que ya nos ha concedido. Así, al menos, sucede con los hombres.

No es cuestión de táctica para conseguir algo o de buena educación, ha de ser en nosotros una actitud de profunda humildad, de reconocimiento a quien nos hace un favor, aunque por su trabajo debiera de hacerlo. Dar las gracias es una forma de demostrar nuestro amor. Y por otro lado, es un modo de hacer oración que oxigena el espíritu.

Hoy, Señor, te damos gracias, por la vida, la tierra y el sol. Hoy queremos cantar las grandezas de tu amor. Gracias, Jesús, porque quisiste venir a compartir nuestro mundo para curarnos del pecado, porque te entregaste por cada uno de nosotros como si fuéramos el único amado.

Gracias, Espíritu Santo, porque no cesas de santificarnos, ni te cansas de llamarnos a una vida nueva. Gracias, Padre, por las personas que has puesto a nuestro lado y nos han ayudado. Concédeles reconocer tu ayuda y otórgales la actitud de ser agradecidos.

29 tiempo ordinario

Presencia de Dios

“Les proponía una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desfallecer, diciendo: En cierta ciudad había un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. También había en aquella ciudad una viuda, que acudía a él diciendo: «Hazme justicia ante mi adversario». Y durante mucho tiempo no quería» (Lc 18, 1-4)

Nos cuesta tener presencia de Dios, precisamente porque no tenemos esa costumbre. Pero, con el tiempo y el interés, puede llegar a ser en nosotros algo tan continuo como el respirar. Como el perro adiestrado mira una y otra vez a su amo antes de hacer cualquier cosa, para saber dónde se encuentra. Como la presencia del amado o de la amada ausente en el día y en la noche del amante. Su ausencia provoca una presencia que llena el pensamiento, que lo atrae como un imán, continuamente.

En los evangelios aparece cómo Jesús con frecuencia alababa a su Padre. Hoy nos insiste en que hemos de rezar de modo habitual. San Pablo concretará incluso: *ya comáis, ya bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios* (1 Co 10,31). De una u otra manera, Dios ha de ser el punto de referencia siempre. No porque se le tema, ni sólo para pedirle ayuda cuando truena, sino como el amado a quien se recuerda frecuentemente y se le llama por teléfono. El día de nuestro cumpleaños sabemos quién nos quiere: el que se acuerda de nosotros. Recordar así a alguien es amarle. También a Dios.

Esta presencia habitual de Dios nos evitará muchas preocupaciones y ligerezas a la hora de hablar; y dará tono sobrenatural a todo lo que hagamos. ¡Podemos hacer tantos actos de amor y desagravio a lo largo del día!, tantas jaculatorias (que significa saeta) que suban como flechas encendidas de amor hasta Dios y la Santísima Virgen. Dios nos ama aunque no nos demos cuenta. Es la gran realidad. Por eso no puede ser el gran ausente, sino el gran amado, cuyo recuerdo atrae, cuya presencia llena el corazón y el día entero.

Señor, sé que tu presencia continua es un don que me das sin merecerlo. Pero también es cierto que he que buscarte. Yo procuraré esforzarme por elevar mi corazón hacia Ti en tales y cuales ocasiones.

30 tiempo ordinario

La presunción

“Dos hombres subieron al Templo para orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, quedándose de pie, oraba para sus adentros: Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás...el publicano, en cambio, quedándose lejos, ni siquiera se atrevía a levantar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: Oh Dios ten compasión de mí que soy un pecador” (Lc 18, 9-14)

Se aprecia en el Antiguo Testamento que el temor de Dios recorría la relación de los hombres con Dios. Esta expresión se repite sin cesar en la Biblia evocando sentimientos de obediencia, de fidelidad, de culto debido a Yahvé. El día de la caída, Adán y Eva, culpables, tiemblan de temor al oír la voz de Dios. Moisés se cubrió el rostro, porque temía mirar a Dios. La Ley del Sinaí fue dada entre relámpagos y truenos para que quedara clara la reverencia y el respeto de los hombres para con Dios. Pero también quedó un cierto temor ante esa Ley, que amenazaba con el castigo a los obradores del mal.

Dos aspectos del temor a Yahvé recorren todo el Antiguo Testamento: el sentido de la trascendencia divina y la conciencia de la propia indignidad del pecador. Sólo Dios es el Santo, el Fuerte, el Todopoderoso, el Rey Soberano. La santidad de Dios en oposición a nuestra miseria de pecadores fue uno de los temas centrales de la predicación de los profetas. Como dirá san Agustín, la gran diferencia entre los dos Testamentos es el paso del temor al amor. El Espíritu Santo, que infunde el espíritu de temor en los hijos de Dios, mueve al amor, no a tener miedo a Dios. Sin embargo, con esta parábola Jesús alerta de que no debemos ser autosuficientes.

El temor del que se habla en el Antiguo Testamento es imperfecto, porque no hemos de evitar el mal por miedo, pero es la condición para tener confianza y obedecer a Dios. El libro del Apocalipsis volverá a insistir en la trascendencia de Dios y en la condena para aquellos que, confiando en la «bondadosidad» de Dios, no hacen lo que Dios desea.

Quiero hacer mía, Señor, la oración del publicano; procuraré cumplir tu voluntad, no perder de vista mi condición de pecador, mi fragilidad; no querer separarme de tu mano, ir por mi cuenta, incluso presumiendo.

31 tiempo ordinario

Zaqueo cambió

“Cuando Jesús llegó al lugar, levantando la vista, le dijo: «Zaqueo, baja pronto, porque conviene que hoy me hospede en tu casa». Bajó rápido y lo recibió con gozo. Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor: «Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres y si he defraudado en algo a alguien le devuelvo cuatro veces más»” (Lc 19, 1-10)

Zaqueo se acercó al lugar por donde iba a pasar Jesús. A veces es la curiosidad lo que hace que alguien se acerque a un santuario mariano, a una iglesia, o le lleve a preguntar a un sacerdote. Otras veces, sin embargo, no se quiere ir a ese encuentro, no sea que uno advierta que tendría que convertirse y cambiar de vida. Ese encuentro de Zaqueo con Jesús fue decisivo para él. Reconoció sus errores, reparó sus pecados y cambió de vida. La consecuencia de todo ello fue la alegría. Para Zaqueo, posiblemente, fue un encuentro fortuito, casual; para Jesús no: Jesús conocía a Zaqueo sin que él lo supiera desde hacía mucho tiempo y le llamó por su nombre.

En nuestra conciencia nos damos cuenta de la voz de Dios que nos pide ese cambio, ese acercamiento al sacramento del perdón. Son necesarias cinco cosas: examinar la conciencia para ver lo que hemos hecho mal, tener dolor de los pecados y detestarlos, con propósito de no volver a cometerlos, decir los pecados al confesor, y estar dispuestos a reparar y a cumplir la penitencia que nos fuere impuesta.

Es muy sencillo recibir el perdón de Dios y llegar a tener la alegría del corazón, pero hemos de superar dos obstáculos: la soberbia y la pereza. Hemos de estar dispuestos a bajarnos del árbol de nuestra autosuficiencia, en el que tenemos nuestras seguridades (aunque estemos ciertamente incómodos en ellas), y a vencer la pereza para recorrer los cinco pasos que llevan a las aguas de la salvación. Y uno de ellos es ir al sacerdote.

Señor que me buscas y me esperas, que sólo deseas mi bien, que eres compasivo y rico en clemencia, auméntame la humildad, dame un corazón nuevo. Yo quiero salir a tu encuentro, porque no es sólo mi alegría, es que sé que te doy una alegría, y es fiesta en el cielo, cada vez que acudo a este sacramento.

32 tiempo ordinario

No querían creer

“Se le acercaron algunos de los saduceos, los cuales niegan la resurrección, y le preguntaron: Maestro, Moisés nos dejó escrito que si el hermano de uno muere dejando mujer, y éste no tiene hijos, su hermano la tomará por mujer y dará descendencia a su hermano. Pues bien, eran siete hermanos... en la resurrección, la mujer ¿de quién será esposa?” (Lc 20, 27-38)

Hay quienes no tienen fe y plantean cuestiones doctrinales con el buen deseo de aprender. Pero hay otros que ni creen ni tienen interés en descubrir la verdad, y cuando plantean a los cristianos ese tipo de preguntas lo hacen con el fin de poner en aprietos, como intentando justificar su increencia, y alegando que las respuestas no les convencen. Los saduceos no creían en la resurrección y plantean a Jesús una cuestión para ponerle en un aprieto. Jesús, a pesar de que conocía su malicia, les da la respuesta.

Todo lo que los cristianos creemos es razonable. Hay algunos misterios, pocos, cuya explicación última se nos escapa, y hay que hacer un acto de fe: el misterio de la Santísima Trinidad, la Eucaristía, la maternidad divina de María, etc., pero, por ser verdad, pueden explicarse muchas cosas al respecto. Y siempre se puede razonar que la postura contraria es falsa. El Catecismo de la Iglesia Católica dice muchas cosas. Los hombres estamos acostumbrados a vivir entre misterios (las ciencias los muestran constantemente: nadie sabe lo que es la vida). Aún con todo, es necesario que conozcamos bien las razones de la fe, porque no creemos irracionalmente; nos planteamos también las cuestiones morales: por qué vivimos la castidad o la obediencia, por qué no utilizamos la violencia, por qué la eutanasia es un mal, etc., y sabemos dar razón de nuestras convicciones a quien nos pregunte.

No hemos de tener miedo a dialogar, a resolver las dudas que nos plantean. Pero también hemos de percatarnos de la intención, de la buena o mala voluntad de quien pregunta, de su seriedad o su superficialidad ante la verdad, porque quien no quiere creer, aunque se le parezca un ángel, no creerá.

Auméntanos la fe a los cristianos, Señor, para que nos interese conocer mejor las verdades y nos atrevamos a hablar de temas importantes con nuestros amigos. Y auméntales la humildad a ellos para que puedan creer.

33 tiempo ordinario

El templo de Dios

“Como algunos le hablaban del Templo, que estaba adornado con bellas piedras y ofrendas votivas, dijo: «Vendrán días en los que esto que veis no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida»... El dijo: «Mirad, no os dejéis engañar»” (Lc 21, 5-19)

El Templo de Jerusalén era para los judíos de entonces el punto de referencia, donde habitaba Dios. Por eso pensaban, y por la consistencia de los materiales, que nunca sería destruido. El Templo era hermoso, era su orgullo. Jesús predice su destrucción, que tendría lugar el año setenta, cuando las tropas romanas sitiaron y tomaron la ciudad bajo el mando del general Tito. Un arco de triunfo en el foro romano conserva un altorrelieve que conmemora el saqueo y destrucción de aquella maravilla. No quedó piedra sobre piedra, sólo el Muro de las lamentaciones.

Hay quienes cuidan su cuerpo y le rinden una especie de culto como si fuera su mayor bien. Como si la salud fuera su tesoro, que contiene a su “yo”. No quieren pensar que ese templo un día será destruido, quizá hacia el año setenta de sus vidas, y que será totalmente destruido, reducido a polvo. Porque Dios nos sacó del polvo de la tierra y al polvo volveremos, hasta nuestra resurrección. San Pablo exclama: *¿No sabéis que sois templos de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros?* (1 Co 3,16), y también que *llevamos este tesoro en vasos de barro* (2 Co 4,7). El gran tesoro es la gracia de Dios que afecta a nuestra alma y a nuestro cuerpo. Es a Dios a quien hay que dedicar tiempo, a quien hay que rendir culto: *Os exhorto, pues, hermanos..., a que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios: éste es vuestro culto racional* (Rm 12,1).

Hemos de plantearnos cuánto tiempo dedicamos a las necesidades corporales y cuánto a formar nuestra conciencia y a las prácticas de piedad. Sería una pena que uno descubriera el verdadero sentido de su vida justo cuando se muere, al comprobar la vaciedad de su vida, la necesidad de sus vanas ilusiones. Hoy se nos sugiere plantearnos seriamente estas verdades.

Señor, que no nos dejemos engañar por los señuelos de la vida, que valoremos la importancia de formar nuestra conciencia y de recibir los sacramentos. Haznos ver hoy la trascendencia de cada día, de cada acción, la necesidad de vivir en gracia.

Jesucristo, Rey del universo

Reinar desde la Cruz

“Uno de los ladrones crucificados le injuriaba diciendo: «¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro... decía: «Jesús, acuérdate de mí, cuando llegues a tu Reino». Y le respondió: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso»” (Lc 23, 39-43)

Si el mundo ha sido creado y recreado en el Verbo, y el Verbo se ha encarnado hasta tal punto de morir en la Cruz, ésta ha de ser la clave del universo, de la historia y de cada hombre. Las personas pasan, los imperios también, y las fortunas económicas y los honores. Sólo una cosa permanece: *Stat Crux dum volvitur orbis*, como reza el lema de los cartujos: «Mientras gira el orbe, la Cruz permanece». En la Cruz un hombre, y sobre su cabeza un cartel que afirma: Rey. Es engañoso el mundo al prometer la felicidad a través del triunfo, de la prepotencia, de la astucia, de salirse con la suya, o el ser alguien.

Cristo reina desde la cruz, desde el trono de la obediencia y el amor al Padre, desde la entrega sin condiciones. Y desde ahí, desde el sufrimiento, lanza su última palabra –*verbum crucis*– para que el hombre rasgue su corazón, se convierta y aprenda a reinar con Él desde ese solio real. La disyuntiva es clara, o se vive para Dios (en la obediencia, la entrega, el servicio), o se vive egoístamente y, en definitiva, en el fracaso. San Pablo dice en momentos difíciles: *Nosotros predicamos a Cristo crucificado; escándalo para los judíos, necedad para los gentiles* (1 Co 1,23). Es preciso ser humilde y tener sentido sobrenatural para estar en la verdad y ver las cosas como las ve Dios. Cristo es la última palabra, la última verdad del hombre.

Las pajas de Belén, el taller de carpintería de Nazaret y los tablones de la cruz nos hablan de lo mismo: de la humildad del Verbo de Dios, de su obediencia, de su pobreza. En este Reino de los cielos, el triunfo está en la humildad, en el don de sí mismo. Cristo vino a servir, y donde está Él, tiene que estar su servidor. Y quien le sirve, reina con Él como hijo de Dios.

Señor, yo reconozco que Tú eres el Rey de los hombres y de la creación. Creo lo que creyó el ladrón arrepentido, que Tú eres Rey, y te pido lo mismo que él: llévame al Paraíso. Reina ahora en mi corazón. Procuraré seguirte, en la obediencia al Padre, en el servicio, en la entrega, llevando la cruz de cada día. Dame tu fortaleza para cuando las fuerzas me falten.